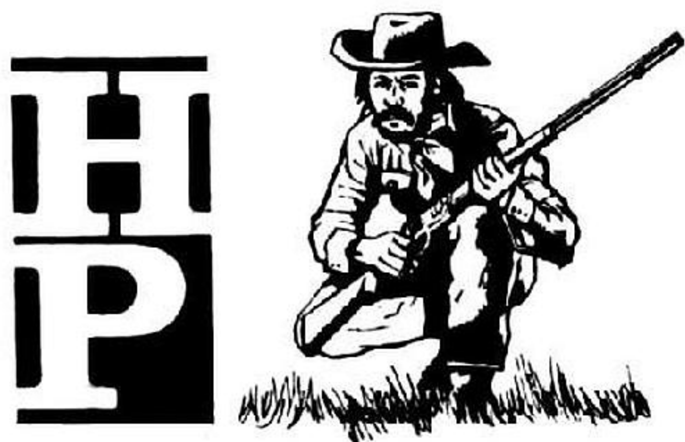


Silver Kane

El reloj del muerto



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

EL RELOJ DEL MUERTO

Coleccion
HEROES DE LA PRADERA n.º 465
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA , S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal; B. 29.990 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—Muchacho —dijo el viejo Zacarías, mientras derramaba en el vaso los restos de su botella de *whisky*— nunca lograremos nada aquí. Llevamos cinco años buscando oro en esta maldita tierra. ¿Y qué? Yo te lo diré: ¡Nada! ¡Cinco años perdidos miserablemente! Y todos los que nos acompañaron en esta maldita aventura están igual. Dime de alguien que haya encontrado ni una pepita. ¡Nos engañaron, muchacho! ¡Y todos han sido unos zopencos como nosotros! ¡Mira!

Señaló a través de la ventana de la cabaña que los dos habitaban en las estribaciones de los montes Soda, casi encima de Silver Lake.

Todas aquellas laderas del noroeste de California estaban tapizadas de casas como la suya, construidas con troncos y a toda prisa, cinco años atrás. Muchas ya iban siendo abandonadas. Otras aún conservaban animación y despedían humo por sus chimeneas. ¿Pero por cuánto tiempo?

El viejo Zacarías continuó:

—¡Tenemos que largarnos! ¡En esta parte de California no hay oro! ¿Sabes qué voy a hacer? ¡Quemar esta maldita casa!

Pat intentó calmarle.

Pat era su compañero de aventuras, aunque entre los dos mediaba una diferencia de treinta y cinco años. Zacarías acababa de cumplir los sesenta, mientras que Pat tenía solamente veinticinco. Pero aun así nunca habían discutido. Cuando el uno se enfadaba, el otro trataba de calmarle.

Como ahora.

—Claro que nos iremos —susurró Pat—. Yo, por lo pronto, abandono. ¡Me caso esta mañana!

Y siguió afeitándose.

Era un joven alto, fuerte, de facciones cuadradas y puños de hierro, que, sin embargo, le costaba mucho emplear. Siempre prefería resolver las cosas por las buenas.

—Sí, te casas esta mañana —dijo Zacarías, poniéndose sentimental—. Es increíble. ¡Cómo han cambiado las cosas, muchacho! ¿Te acuerdas de cuando vinimos aquí hace cinco años, sin conocer a nadie?

—Nadie se conocía aquí —dijo Pat, mientras se mojaba la cara —. Todo el mundo venía atraído por el mismo señuelo: la historia de que en esta parte de California había vetas de oro tan gruesas como el brazo de un hombre. Pero ya ves; no hemos ganado para desengaños.

El viejo Zacarías lanzó un gruñido ininteligible mientras se sonaba.

—Menos mal que yo gané algo aquí —continuó Pat, mientras se aplicaba a la cara un poco de agua de colonia, antes de peinarse—. Conocí a la mujer de mis sueños y esta mañana vamos a casarnos. ¿Qué? ¿Insistes en no venir a la boda, Zacarías?

—¿Y qué voy a hacer yo allí? Annabella es una buena muchacha, pero yo me pondría triste. Son muchos años de luchar juntos, Pat. Cuando te conocí, eras un crío.

Pat sonrió.

—Sabes que podrás vivir con nosotros mientras te apetezca, Zacarías. No pienso dejarte solo.

—¡Bah! Y ser un ranchero que cría vacas… ¡Uf! ¡Yo no sirvo para eso! ¡Yo sólo soy minero!

—¿Pero no dices que hemos de cambiar de vida? Ya es hora de que nos larguemos de aquí.

—Cierto. En esta condenada parte de California no hay ni un gramo de oro.

Pat ya estaba casi arreglado. Parecía otro. Con su traje recién estrenado, su camisa blanca, su chaleco floreado y sus botas lustrosas, parecía un dandi, en lugar de un buscador de oro que durante cinco años no había ganado un dólar.

Precisamente por no haber ganado un dólar (muchas veces apenas tenían para comer) carecían de algunas cosas que les hubieran sido útiles, como, por ejemplo, un reloj. Normalmente sabían la hora por la altura del sol, pero aquel día el cielo estaba

encapotado y gris, amenazando tormenta. Del sol no había ni rastro.

—No me gustaría llegar tarde a la ceremonia —dijo Pat, pensativamente, mientras miraba por la ventana—. Hoy el sol está oculto. ¿Por qué no preguntas la hora a nuestro vecino Nixon?

—Hum… La boda es a las doce, ¿no?

—Exacto.

—Pues no te preocupes. Son sólo las diez y media.

—¡Qué lento ha pasado el tiempo! Yo creí que era mucho más tarde. Pero por cierto…

Y se volvió de repente hacia el viejo, mientras le miraba con una cierta expresión de asombro.

—Oye, Zacarías —murmuró—, ¿de dónde has sacado tú la hora exacta?

—Es que tengo reloj.

—¿Quéeee?

—Mira.

Y le mostró el que acababa de sacar de un bolsillo. Era un reloj antiguo, bastante grande y pesado, construido en latón, pero cuyas agujas eran de oro. No debía tener un valor excesivo, si bien a Pat le gustó, como nos gusta siempre lo que no tenemos. Marcaba puntualmente las diez y media.

—Hum… ¿Dónde lo has conseguido?

—No hace ni una hora que lo tengo —explicó Zacarías—. Venía hacia aquí cuando en el camino de Silurian Hills me encontré con que iban a ahorcar a un hombre.

—¿Quiénes?

—El *sheriff* y dos ayudantes suyos. Era una ejecución legal.

—Cuerno, ¿y por qué iban a matarlo?

—Por lo visto era un cuatrero. Le habían agarrado con las manos en la masa, o por decirlo de otra manera, con el pompis encima de un caballo que no era el suyo. Ya sabes las leyes que rigen aquí. A los cuatreros se les castiga con la muerte inmediata.

—Siempre me ha parecido una salvajada —murmuró Pat—. Un cuatrero también tiene derecho a un juicio legal y a alguien que hable por él y le defienda. ¿Y tú qué hiciste?

El viejo Zacarías se rascó el cogote.

—Ya sabes que pienso igual que tú, muchacho. Me puse hecho una fiera. Le dije al *sheriff* no sé cuántas cosas, pero él ni me oyó.

Sólo decía que la Ley es la Ley.

—Ese *sheriff* siempre ha sido una mula —mascculló Pat, mientras se ajustaba bien las espuelas.

—Total, que no hubo modo —continuó Zacarías—. Lo iban a ahorcar de todas formas. Entonces, ya que no podía hacer más, di al condenado un trago de mí cantimplora. El último trago. El pobre fulano me lo agradeció con una sonrisa. Nunca lo olvidaré. ¡Desdichado tipo! Entonces me dijo que me regalaba su reloj porque era la única cosa de valor que tenía.

—¿Y tú lo aceptaste?

—¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que se lo llevaran el *sheriff* o sus hombres? Lo acepté y entonces el tipo dijo algo así como flat, es decir, «llanura». Pero no llegó a pronunciar una sílaba más, porque en aquel momento dieron un golpe a las ancas del caballo y el condenado quedó colgando. ¡Uf! ¡Qué mal rato pasé! Le dije al *sheriff* unas cuantas cosas feas más y me largué de allí deseando olvidarlo todo.

Pat se acarició la mandíbula.

—¿De modo que ése es el reloj de un muerto?

—Ujú.

—Pues guárdatelo. No quiero ni verlo.

Zacarías lo guardó.

—Te acompañaré hasta la ciudad de Baker, aunque no entre en la iglesia —dijo—. Podemos salir ya y tomarlo con calma. Baker está solamente a media hora.

—Sí. Vamos.

Y los dos salieron.

Montaron en sus caballos sin prisas y descendieron ladera abajo, entre las casas de troncos cuyos habitantes salían a la puerta a saludarles alegremente.

—¡Adiós, Pat!

—¡Que seas feliz, muchacho! ¡Tú lo mereces!

—¡Ojalá tengas más suerte que nosotros! ¡Ya ves! ¡Nuestra vida es un asco!

—¡Es que aquí no hay oro! —mascculló Zacarías—. ¡Hace falta que nos desengañemos de una vez! ¿Queréis que os diga una cosa? ¡Yo ya no vuelvo! ¡Regalo mi cabaña a quién la quiera!

Pero estaba claro que nadie la quería.

Lo que sobraba allí eran cabañas deshabitadas por hombres y mujeres que ya habían perdido la esperanza.

Los dos hombres llegaron a la ciudad de Baker.

Ésta tenía entonces poco más de cien casas. Resultaba un auténtico villorrio, pero era el centro de atracción de la comarca porque en él había dos saloons, una oficina del *sheriff*, un Banco y una iglesia.

En esa iglesia tenía que casarse Pat.

No había nadie en el porche ni en la puerta.

—Llego con demasiado tiempo —dijo Pat—. Todavía no han llegado los invitados, y mucho menos la novia.

Descabalgó tranquilamente y en ese momento agachó la cabeza.

Fue su instinto lo que le salvó, porque de lo contrario el objeto que volaba hacia él le deja K.O. al menos durante diez minutos.

Era una Biblia. Pero una Biblia enorme, con lomo de metal y más de mil páginas impresas en papel grueso.

Detrás de la Biblia estaba el reverendo Connor, que acababa de lanzarla.

Ante el asombro de Pat, exclamó:

—¡Sinvergüenza! ¡Caradura! ¡Carcamal! ¡Proscrito!

—Pero…

—¡Tendría que abrirte la cabeza, pedazo de mula!

Pat no salía de su asombro.

Normalmente el reverendo Connor era un hombre apacible. Pero ahora estaba de armas tomar. No comprendía qué podía haberle ocurrido.

—¿Puedo saber qué ocurre? —murmuró Pat, poniéndose a la defensiva por si volaba algo más hacia su cabeza.

—¿Te parece decente lo que has hecho?

—Pero ¿qué diablos he hecho yo, reverendo?

—¡No menciones al diablo delante de una iglesia!

—Bueno, con diablo o sin él, ¿qué he hecho yo?

—¡Has plantado a tu novia! —gritó el pastor de almas, casi dispuesto a saltar sobre él—. La has tenido aquí durante más de una hora con todos los invitados, hasta que se ha desengañado y se ha ido. ¡Menudo plantón! ¿Pero es que no te das cuenta? ¡La has humillado delante de todo el pueblo, la has ofendido, has deshecho su vida!

Pat se pasó una mano por delante de los ojos.
Estaba asombrado.
El reverendo Connor masculló:
—¡La boda era a las doce!
—¿Y… y… qué hora es?
—¡La una y media!
Pat miró al viejo Zacarías.
Las facciones de ambos se habían vuelto grises.
Pat murmuró:
—Saca tu condenado reloj, Zacarías. ¿Qué hora marca?
Con mano poco segura, Zacarías lo sacó.
Miró la esfera y sus dedos se abrieron, dejando caer el reloj al suelo, mientras susurraba.
—Marca las… las diez y media.
—Como antes, ¿no?
—Sí, muchacho. Como antes.
—¡De modo que estaba parado!
—Justo. No ha andado ni un minuto. Ni que las dos agujas estuvieran clavadas.
—¡Pero eso podías haberlo mirado antes, animal!
—La verdad es que no me fijé… —dijo el viejo Zacarías, más nervioso cada vez—. Cuando ahorcaron a aquel tipo, yo no estaba lo bastante sereno como para mirar el reloj. Lo guardé y en paz. No volví a mirarlo hasta que tú me preguntaste la hora.
Pat sudaba de indignación y de nerviosismo.
Miró al sacerdote.
—¿Annabella se ha ido a casa? —preguntó.
—Sí, está allí. Pero yo, en tu lugar, no me atrevería a acercarme ni a media milla.
—Lo ocurrido no ha sido culpa mía, reverendo. Ya ve usted cómo han marchado las cosas. Annabella es una chica razonable y tendrá que escucharme.
Dio media vuelta y se dirigió a la casa de la muchacha.
Ésta vivía con su familia al otro lado de la ciudad. Pero dadas las reducidas dimensiones de Baker, estuvo allí en cinco minutos.
Llamó a la puerta.
Toc, toc.
La puerta se abrió.

Toc, toc.

Los dos alucinantes impactos dieron de lleno en la mandíbula de Pat, que cayó hacia atrás sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Todo su cuerpo giró como una campana. Al fin terminó sentado en medio de la calle, sosteniéndose con las dos manos apoyadas en el polvo.

Nunca le habían atizado dos ganchos tan certeros y tan por sorpresa. En el interior de su cráneo sonaba un verdadero carillón.

Miró desde el suelo al que le había golpeado, que estaba en el umbral de la puerta entreabierta.

El hermano de Annabella era un tipo gigantesco, se llamaba Oscar. Se frotó los nudillos y dijo a Pat, mientras rechinaba los dientes:

—¡Y que no vuelva a verte por aquí! ¡Nunca más! ¡A mi hermana como si no la hubieras conocido! ¡Pobre de ti sí vuelves a acercarte a ella, canalla!

Y la puerta se cerró con un trompazo que hizo temblar la casa entera.

Pat se puso en pie poco a poco.

Alguien le ayudó.

Era el viejo Zacarías, que le miraba quejumbrosamente.

—Todo es culpa mía, muchacho.

—Culpa tuya, no. Es de ese maldito reloj. Aunque también podías haber mirado si marchaba o no, caramba.

—¿Qué vas a hacer ahora, Pat?

—No lo sé… El horno no está para bollos. Si vuelvo a llamar a la puerta, ese bestia de Oscar es capaz de convertirme en jamón ahumado. Y Annabella tampoco estará de mejor humor. Será mejor que deje calmarse el ambiente. Volveré mañana.

El viejo Zacarías sacó de nuevo el reloj y lo palmeó en su mano derecha pensativamente.

Pat lo miró con odio.

—Creí que lo habías tirado —dijo.

—Voy a hacer algo mejor.

—¿Qué?

—Al menos que obtengamos un beneficio de este trasto.

—Lo venderé y nos repartiremos los beneficios.

—¿Repartirnos? ¡Vamos, hombre! ¡Lárgate de aquí! ¡No quiero

ni verlo!

El viejo Zacarías se alejó.

Pero volvió minutos más tarde, mientras Pat estaba en el saloon más cercano bebiendo un *whisky* doble, a ver si así se le calmaban los nervios.

Zacarías llevaba dos dólares que depositó ceremoniosamente encima de la barra.

—Toma, uno para cada uno.

—¿Eso te han dado?

—Me han dicho que el reloj no valía más y que sería muy difícil hacerlo andar de nuevo. Tenía no sé cuántos muelles rotos.

—Toma tú mi dólar —dijo Pat con un gesto de fastidio—. Yo no podría gastármelo pensando que me ha costado mi boda.

—Te lo guardaré, muchacho, te lo guardaré. Te debo un dólar.

Y pidió también un *whisky* doble, a ver si así calmaba sus penas.

Después de aquel *whisky* pidieron otro.

Y otro.

Hasta que los dos amigos, hacia las cuatro de la tarde, salieron haciendo eses del saloon, para dirigirse a la salida de la ciudad, donde habían dejado sus caballos.

Un tipo estaba adormilado, con el sombrero sobre los ojos, sentado en uno de los peldaños del porche y con la cabeza apoyada en una de las columnas, justo al lado de los animales.

Pat le dijo amablemente:

—Apártese, amigo. Los caballos podrían empujarle.

Pero el otro no se movió.

Pat se lo dijo en voz más alta:

—Amigo, apártese. No quisiera que se lastimase.

Pero el otro seguía dormido. Seguía dormido de una forma muy extraña, con la cabeza ladeada de tal modo que por fuerza tenía que hacerse daño.

Pat le empujó entonces un poco para desperezarle.

Y el tipo cayó de costado.

Cayó de costado con la boca abierta.

Con las facciones lívidas.

Y mostrando en el cuello, ahora que su postura no lo tapaba, el lazo que le había estrangulado, por la espalda.

Pat lanzó un respingo.

—¡Cuerno!

—No estés tan seguro, muchacho. A lo mejor ese tipo no está muerto, sino vivo. Nosotros hemos bebido como dos cafres. Estamos borrachos y no vemos bien las cosas.

Pat había cerrado un momento los ojos.

—Yo ya no estoy borracho —murmuró—. Los efectos del alcohol se me han pasado en un momento. A este tipo le han asesinado, ¿te das cuenta?

—¡Pero no han podido asesinarlo aquí!

—¡Quizá lo han estrangulado muy cerca de este lugar y luego lo han dejado sentado en el porche para que pareciese que estaba dormido, mientras el asesino huía!

Al ver que un hombre estaba caído en el suelo, algunas personas se habían congregado en el lugar. Los tenderos salían de los establecimientos más inmediatos. La expectación crecía.

Curtius, que era algo así como el usurero oficial de la población, y que compraba toda clase de objetos usados, fue uno de los primeros en salir de su cuchitril, que estaba muy cerca.

—Caramba… —dijo pensativamente—. Caramba.

El *sheriff* se había acercado también.

Miró al muerto e hizo un gesto dubitativo.

—Es nuevo en la población —dijo—. Nunca lo había visto por aquí.

Curtius seguía musitando:

—Caramba… Caramba.

El *sheriff* hubo de notarlo.

Le miró.

—Curtius —dijo—, ¿lo conocía usted?

—Lo he visto hace poco.

—¿Dónde?

—En mi establecimiento. Ha entrado a comprarme un reloj que me habían vendido diez minutos antes. El que me había vendido es ese individuo estropajoso que ve usted ahí.

Y señaló al viejo Zacarías.

Éste lanzó una imprecación.

—De modo que estropajoso, ¿eh? A mí me compró el reloj por dos dólares. ¿Puedo saber cuánto pagó ese otro individuo?

—Pues… pues…

—¡Dígalo de una maldita vez, por todos los diablos!

—Pagó diez.

—¿Diez dólares por un reloj que no andaba?

—Se encaprichó de él. Yo comprendí que hacía un buen negocio y ya no pregunté más. Lo que me interesaba era venderlo.

Pat se había inclinado sobre el muerto.

No dijo una palabra más.

Hurgó en sus bolsillos, los volvió del revés, lo registró todo cuidadosamente y al fin bisbiseó:

—El reloj ha desaparecido…

Estaba muy pálido. Ahora sí que la borrachera se le había pasado por completo.

CAPÍTULO II

Dejaban atrás la población de Baker y remontaban otra vez los repechones, de los montes Soda, hacia Silver Lake, regresando a la cabaña minera donde no pensaron volver a poner los pies jamás.

Zacarías estaba de un humor de perros.

Lo único que entendía de todo aquello era que, si él no hubiese aceptado aquel maldito reloj, nada habría ocurrido.

Pat, en cambio, estaba preocupado.

De vez en cuando se acariciaba la barbilla pensativamente, y podía decirse que no había pronunciado una palabra en todo el camino.

Al fin murmuró:

—Zacarías, tú llevas muchos años por esta cuenca.

—Sí. ¿Y qué?

—Conoces a todo el mundo en este lado de California. No sólo personas que viven ahora, sino que han vivido en otro tiempo.

—Sí, eso es cierto.

—¿Quién puede estrangular de esa manera?

Zacarías se rascó la nuca, según un gesto que en él era peculiar.

—Déjame hacer memoria.

Estuvo unos momentos, pensativo y al fin chascó dos dedos bruscamente.

—Ya lo tengo.

—¿Quién?

—Vargas. Vargas es de esos tipos que nunca sabes si es mexicano o yanqui. Ha vivido en los dos países, y del apellido uno no puede fiarse. Hace unos años se le consideraba un hombre peligroso. Sólo necesitaba un lazo para dejarle a uno seco en cuanto se descuidaba medio minuto.

—¿Dónde está ahora?

Zacarías se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tú partes de la base de que ha sido él. Pero también ha podido ser otro.

—Aun así, ¿dónde crees que podría encontrarle?

—Quizá en la zona de Beacon Station, no lejos de aquí. Hace unos meses oí hablar de él. Parece que también buscaba oro, aunque sin resultado alguno, como nosotros.

Pat hizo un gesto de decisión.

—Iré a por él —dijo—. Seguro que sí, muchacho.

Zacarías le corrigió.

—No irás, amigo. Iremos. Iremos de cabeza…

La zona de Beacon Station se hallaba al otro lado de los montes Soda y era tan pelada y agreste como la zona de Baker.

También allí había hombres que vivían con la ilusión de encontrar oro.

Los dos hombres llegaron a la ciudad ya por la noche, cuando empezaba a soplar un vientecillo fresco que venía desde las Cave Mountains y desde el Soda Lake. Se detuvieron ante uno de los saloons, donde había una mujer de unos cincuenta años. La mujer fumaba una pipa en cuya cazoleta hubiera podido caber perfectamente la pezuña de un caballo.

Miró a los dos forasteros.

—Entren —dijo—. Éste es un saloon estupendo. Si quieren chicas, tendrán chicas. Si quieren pelea, tendrán pelea.

—Y aunque no la queramos, también —dijo Zacarías.

—¿Usted es el «gancho» que hace propaganda del local? —preguntó Pat a la mujer, que ya estaba envuelta en una espesa nube de humo.

—Sí —dijo ella—. Soy la que atraigo a los hombres con mi belleza.

Y les soltó una bocanada de humo que por poco les hace caer de los caballos.

Pat puso en la mano de la mujer un billete de cinco dólares.

—Buscamos a un tal Vargas —dijo.

—¿Vargas? Nunca le oí nombrar.

—Pues es un tipo bastante conocido. Uno que tiene cierta predilección por el cuello de las personas.

—Ah, diablos… Ya sé quien quieren decir. El estrangulador.

—Mujer… —murmuró Pat—, yo no le había llamado de esa manera…

Ella pegó un mordisco a su pipa.

—Vargas había estado por aquí… Pero ahora hace tiempo que no se le ve por Beacon Station. Debe estar en cualquier otro lugar de la cuenca.

Zacarías hizo un gesto de desaliento.

—Bueno, muchacho, ya veo que no lo encontraremos esta noche. Será mejor que nos quedemos a dormir por aquí, y mañana ya veremos lo que se hace.

La «hermosa» mujer les señaló el piso que estaba encima del saloon.

—También alquilamos habitaciones —dijo—. Con pelea o sin pelea.

En efecto, les alquilaron sin dificultad una de las habitaciones superiores. En ella había dos camas y una ventana que daba a la calle. Los dos hombres se lavaron, se quitaron un poco el polvo de las ropas, y Pat decidió:

—Yo me voy a acostar. Trataré de dormirme a ver si me olvido de todo de una maldita vez.

Zacarías se puso un cigarro entre los dientes.

—Tienes razón, muchacho. Pensar que ésta tenía que haber sido tu noche de bodas…

—No me lo recuerdes. Y todo por culpa de tu condenado reloj.

—Cierto. No sé por qué te molestas en buscarlo.

—Porque ese reloj me intriga —reconoció Pat—. No es lógico que un hombre haya muerto por su causa.

Zacarías se dirigió hacia la puerta.

—Me voy, muchacho. Daré una vuelta por los saloons, y cuando vuelva procuraré no despertarte.

—¿Qué esperas encontrar en los saloons, Zacarías? A lo peor te tropiezas con una pelea y te vuelan los pocos dientes que te quedan.

Zacarías abrió la puerta.

—Quiero hablar con la gente —dijo—. Quiero saber cómo les va por aquí la búsqueda del oro. Me temo que tan mal como por la zona de Baker.

—Es que por aquí no hay oro —susurró Pat—. Lo has dicho bien

antes: tenemos que desengañarnos de una vez. Aún, no comprendo cómo se han movilizado tantas familias por estos contornos sin más esperanza que las palabras de aquel visionario. Aquel visionario… ¿cómo se llama? Ah, sí… Paitan.

—Paitan se empeñó en que aquí había oro —dijo Zacarías con la mano sobre el pomo—. Fue el primero que se estableció aquí, atrayendo a masas enormes de gente que aún recordaban el rush de 1848 y pensaban que estas montañas eran de oro puro. ¡Pero qué desengaño, demonios! ¿Y qué se habrá hecho de Paitan? ¿Dónde parará ahora?

Al fin se encogió de hombros.

—Que se vaya al infierno —dijo—. Yo fui otro de los imbéciles atraído por sus palabras. Ojalá haya encontrado una tonelada de oro y la tonelada de oro le haya caído encima.

Salió y cerró.

Pat quedó solo en la habitación. Se quitó la elegante levita que aún llevaba desde la hora de la ceremonia y se sentó de espaldas en la ventana a fumar un cigarrillo y a pensar en la mala suerte que había tenido. Se daba cuenta de que no iba a poder dormir y de que aquella noche iba a ser un suplicio.

El amaba sinceramente a Annabella. La muchacha había compartido sus penas, sus angustias, sus inquietudes. El suyo había sido un amor limpio y honrado. Por eso Pat no quería admitir aquel triste fin. No quería que Annabella creyese que se había estado burlando de su cariño.

Fumaba lentamente.

Al menos el vientecillo que entraba por la ventana abierta era agradable. Se estaba bien allí.

Poco a poco una leve somnolencia le fue invadiendo.

Y eso fue lo que le impidió oír el levísimo roce en el marco de la ventana, a su espalda. Eso fue lo que le impidió enterarse de nada hasta que el lazo se hubo anudado en torno a su cuello y hasta que el hombre que lo sujetaba tiró de él salvajemente.

Hacía falta tener un cuello de acero para soportar la embestida que resistió Pat. Otro cualquiera hubiese caído a un lado con el cuello roto, como el respetable difunto al que habían encontrado en la ciudad de Baker. Pero Pat tenía, efectivamente, el cuello de acero. Pat resistió. Y hasta consiguió llevar las manos atrás, con una

agilidad insospechada, sujetando la cabeza de su enemigo, quien, seguro de su victoria, no había sabido retirarla a tiempo.

Los poderosos músculos de Pat se movieron como los engranajes de una máquina implacable.

Sus brazos tenían la fuerza de una grúa.

El tipo que estaba tras él, gimió.

No había esperado aquello.

De pronto se sintió impulsado por los aires, como si lo hubiera lanzado una catapulta. Lanzó un gruñido, chocó contra la pared y quedó sentado en el suelo mientras respiraba afanosamente.

Pat se desciñó rápidamente la cinta que le oprimía el cuello, mientras se frotaba la parte dolorida, donde estaba seguro le quedaría la marca al menos una semana.

El tipo que estaba ante él era joven, delgado y sinuoso. Se le podían calcular entre veintiocho o treinta años.

Pat lo reconoció por haber visto a veces su rostro en los pasquines. Era Vargas.

Vargas intentó levantarse al ver que había fallado. Hizo un esfuerzo para llegar hasta la puerta y huir.

Pero el fulminante zurdazo de Pat le dejó nuevamente sentado en el suelo.

Pat hizo crujir sus nudillos.

—Parece que nos encontramos antes de lo que esperaba, Vargas —susurró—. Me gasté cinco dólares para enterarme de que estabas lejos. Y resulta que era mentira.

—Yo me gasté veinte para que la furcia aquella de la pipa me dijera quién me estaba buscando —masculló Vargas.

—¿Por qué tanto interés?

El estrangulador, aún sentado en el suelo, mantenía las manos alzadas, para que Pat viese que no pensaba utilizar su revólver.

—Los federales me buscan hace tiempo —murmuró—. Seguro que tú eres un federal.

—No, no lo soy.

—No hace falta que me mientas. Me tienes a tu merced. Sé de sobras lo que me espera.

—Que yo sepa, no hay federales por aquí —susurró Pat.

El otro le miró con sorpresa.

—¿De verdad no eres uno de ellos?

—No.

—Entonces, ¿por qué me buscabas?

—Por un asesinato que has cometido esta mañana en la ciudad de Baker.

—Hace al menos seis meses que no voy por allí.

Pat le propinó un puntapié al mentón. El otro quedó rígido, con los labios partidos y bañados en sangre.

—Te juro que… que no he ido por allí.

Pat había puesto la mano sobre su revólver.

—Y yo te juro que no me costará nada disparar, amigo. Por lo pronto ponte en pie. Sujeta el revólver con dos dedos y envíalo bien lejos.

Vargas obedeció.

Estaba aterrorizado.

Cuando el revólver estuvo sobre la cama, lejos del alcance del estrangulador, Pat susurró:

—Ahora vuelve del revés todos tus bolsillos. Quiero ver los forros.

Vargas obedeció también.

Llevaba un reloj, pero que nada tenía que ver con el que buscaba el joven.

Éste parpadeó, confundido, sin acabar de entender aquella condenada situación.

—¿De veras no has estado esta mañana en Baker? —susurró.

—De veras… Tengo testigos que podrán decirte dónde he pasado las dos últimas semanas…

—No me fío de ti, Vargas. Toda tu maldita vida la has pasado al margen de la Ley.

—No lo niego, pero también sé lo que me conviene. Y ahora no me conviene mentir. No sé por qué me buscas, si no eres un federal. Ni sé tampoco qué es lo que piensas que llevo encima.

—Un reloj.

—Efectivamente llevo uno.

—No, no es ése. Es otro. Un reloj que difícilmente olvidaré mientras viva.

—No te entiendo.

Pat reflexionó unos momentos. Luego preguntó:

—¿Hay alguien que mate como tú? ¿Alguien a quién hayas

enseñado tu técnica?

—Modestamente, uno es un maestro —dijo Vargas, halagado—. Mi arte ha tenido muchos imitadores.

—No llames «arte» a esa condenada manera de quitar al prójimo de en medio, maldita sea.

—Bueno, como quieras llamarle… El caso es que no soy el único en matar así. Hay unos cuantos buitres que casi lo hacen tan bien como yo. Sobre todo, uno.

—¿Quién?

—Patton.

—¿Quién es Patton? ¿Dónde está?

—Nunca se sabe exactamente, pero puedo llevarte hasta él. Hay alguien que lo conoce.

—Tengo interés en dar con sus huellas. Llévame hasta ese tipo.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de tu vida. ¿Te parece poco?

Vargas hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no me parece poco. Es un trato razonable. Ven, te llevaré hasta él.

E intentó hacerse de nuevo con su revólver, pero Pat le dejó los dedos medio lisiados de un culatazo.

—Poco a poco, amigo. Primero he de convencerme de la honradez de tus palabras. Luego vendrás por él.

Y los dos salieron.

No se dieron cuenta de que alguien les seguía. No se percataron de que, en aquella ciudad de sombras, se movía tras ellos otra sombra.

CAPÍTULO III

Llegaron a pie a un barracón que estaba en la periferia de la ciudad, como tantos y tantos otros construidos por los buscadores de oro. Al igual que ocurría al otro lado de los montes, la gente iba abandonando aquello. Tras una larga etapa de ilusiones, en la que todos soñaron ser millonarios, ahora la realidad se iba imponiendo poco a poco. Y la realidad era que allí no había más que tierras yermas, pistoleros y escorpiones. Y que los alimentos tenían que pagarse a precios exorbitantes, con lo cual los habitantes de Beacon Station habían agotado todas las reservas con que llegaron hasta allí, y la mayoría estaban empeñados con los usureros que también habían brotado como hongos, y que eran los únicos que hacían negocio.

El dueño de aquella cabaña también debía estar pensando largarse de un momento a otro, porque la casa se caía ya a pedazos.

Vargas llamó a la puerta.

—¡Eh, Bradley!

Alguien contestó desde dentro:

—¿Quién hay?

—¡Soy yo, Vargas!

—¡Es inútil que vengas a pedirme nada! ¡No te pagaré hasta el mes que viene!

—¡No vengo a cobrar nada, idiota! ¡Sólo quiero saber dónde está Patton!

—¡Espera, que abriré!

Un palo que atrancaba la puerta fue retirado, y la entrada se franqueó. Bradley resultó ser un tío barbudo que llevaba encima una costra de suciedad ya casi venerable. Llevaba una botella de *whisky* en cada bolsillo y otra en la mano.

—Llegas a tiempo de echar un trago —dijo—. ¿Quién es ese tío que te acompaña? No me gusta. Tiene cara de federal.

—No lo es. Y sólo quiere saber dónde está Patton.

—Hum… Patton… ¡Menudo pájaro! Pasad, echaremos un trago.

Pasó y cerraron la puerta.

Sirvió *whisky* en unos vasos que tampoco debían haber sido lavados desde la guerra y se dejó caer sobre una hamaca. Pat olió el *whisky*, pero no lo probó.

Vargas, que tenía interés en acabar cuanto antes aquella situación, preguntó:

—¿Dónde está Patton?

—Me han dicho que esta mañana rondaba por Baker.

Pat alzó la cabeza.

—¿Baker?

—Sí, eso es. La ciudad que está al otro lado de los montes Soda. Y donde viven otros desgraciados como nosotros.

—¿Ha vuelto Patton?

—Yo creo que sí. Normalmente se le encuentra en… ¿Pero qué le pasa, amigo? ¿No bebe?

Miraba a Pat. Éste, para no tener que tragar aquel mejunje, fingió que el vaso se le había caído al suelo. Se inclinó para recogerlo.

No supo que aquel gesto le salvaba la vida.

No lo supo hasta después.

La puerta se abrió de repente, y dos hombres armados de escopetas aparecieron en el umbral. No vacilaron ni un segundo. Dispararon rabiosamente hacia el interior.

Las escopetas estaban cargadas con postas.

Una verdadera nube de metralla se abatió sobre los tres hombres, que quedaron también envueltos en el humo de la pólvora.

Normalmente Pat hubiera muerto también. Si llega a estar sentado como unos segundos antes, no lo cuenta. Pero se hallaba casi en el suelo, y además los cuerpos de Bradley y de Vargas le servían de parapeto.

La metralla solamente le rozó. Oyó los espantosos alaridos de los otros al ser alcanzados de lleno.

Sus cuerpos fueron proyectados hacia las paredes. Las

salpicaduras de sangre cribaron el aire.

Oyó también el grito de uno de los de la puerta.

—¡Queda otro! ¡Hay que disparar otra vez!

Pero el «otro» era Pat. Y Pat no estaba dispuesto a que le dejaran seco a traición. Desde el suelo, donde se encontraba, hizo dos disparos hacia la puerta.

Los dos asesinos se arquearon.

Los dos habían sido alcanzados mortalmente. Las balas de Pat, cuando el asunto era a vida o muerte, nunca perdonaban. Pero un momento después lamentó haberse dejado llevar por su instinto de luchador, porque había eliminado a dos asesinos, pero ahora ninguno de ellos podría hablar ni darle la pista que necesitaba.

Se lanzó hacia ellos por si aún estaba a tiempo.

Vio que de uno ya no se podía esperar nada. La bala le había atravesado la cabeza. En cuanto al otro, gemía espasmódicamente, pero aún podía hablar.

Pat le zarandeó.

—¡Dame tu nombre! —barbotó—. ¡Dame tu nombre, puerco!

—Me llamo… Hamilton.

—¿Y el otro? ¿No es Patton?

—No…

—¿Dónde está Patton?

—Eso… tendrás que averiguarlo… tú…

—¿El os ha enviado?

—Sí…

—¿Por qué? ¿Mató él a un hombre en la ciudad de Baker?

—Claro que lo mató. Nosotros mismos… le… le… acompañamos.

—¿Qué quería? ¿Robarle el reloj?

El otro torció la cabeza.

Ya no podía más. La bala se lo estaba tragando.

—No sabemos lo… que… que le robó —dijo.

Y sus ojos quedaron en blanco.

Pat lo soltó, al darse cuenta de que era inútil seguir preguntando. Aquel buitre había muerto.

Ahora no sabía dónde estaba su enemigo. Pero en cambio sabía algo que cambiaba las cosas.

El asunto del reloj del muerto era importante. No sabía por qué,

pero era un asunto que traía sangre…

Cuando Zacarías llegó, medio borracho, Pat estaba ya en la cama, fingiendo dormir. Naturalmente, no había podido pegar un ojo. Pero no quiso hablar con su compañero, que debía tener unas ideas muy poco claras porque apestaba a alcohol.

Mejor esperar al día siguiente.

A la mañana siguiente, sobre las nueve, Zacarías se levantó bostezando. Pat seguía teniendo los ojos cargados de sueño, puesto que no había podido cerrarlos en toda la noche.

Mientras su amigo se lavaba, él cruzó las dos manos bajo la nuca y murmuró:

—Anoche, mientras tú bebías, pasaron muchas cosas, Zacarías.

—¿Cosas? ¿Cuáles?

Pat le contó todo lo ocurrido. Zacarías le escuchaba con la mayor atención. De vez en cuando lanzaba un gruñido mientras hacía un gesto de asentimiento.

—De modo —murmuró al terminar Pat su relato— que ya sabemos algo. El hombre que cometió el crimen en la ciudad de Baker, se llama Patton. Y él tiene el reloj que me entregó aquel muerto.

—Exacto.

—¿Pero qué diablos puede significar un reloj así?

Se volvió a rascar la nuca, con aquel gesto que le era tan habitual y añadió:

—Nada, estoy seguro de que nada. Todo obedece a una serie de casualidades. Es imposible que aquello valga ni dos dólares.

—¿Hay algún dibujo en la esfera del reloj? ¿O detrás, en la tapa?

—Nada, absolutamente nada. Me acuerdo de él como si volviera a tenerlo en las manos.

Pat se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo—. Debe ser una serie de casualidades. Pero ya me están resultando demasiado fastidiosas, amigo.

Él también se lavó y afeitó, vistiéndose luego. Mientras hacía todo esto, Zacarías, que le miraba pensativamente, susurró:

—¿Y no tienes ni idea de dónde puede estar Patton?

—No. Aquel tipo no tuvo tiempo de hablar.

—¿Sabes qué haría yo? Dejaría inmediatamente esta ciudad y

me volvería a la cuenca minera donde hemos trabajado cinco años. Quizá a Annabella se le haya pasado ya el mal humor. Habláis, hacéis las paces y os casáis. Es lo más razonable.

—Puede que lo haga, pero es que lo ocurrido con ese reloj me obsesiona. Me temo que no tendré valor para volver hasta, al menos, haberle visto la cara a Patton.

Zacarías volvió a rascarse la nuca.

—Te advierto que la mayor parte de los habitantes de Beacon Station van a abandonar esta ciudad.

Pat se volvió hacia él, dejando de peinarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Se han convencido de que no hay oro en la comarca y de que nunca lo ha habido. Todo lo que les dijeron sobre las riquezas de esta comarca son mandangas. Por lo tanto, organizan una caravana que sale esta misma mañana. Quizá ahora mismo ya esté a punto de salir.

Y miró por la ventana. Efectivamente, había una docena de grandes carros en la calle principal. Eran las célebres galeras con toldo de lona blanca que se habían dado a conocer ya en los primeros tiempos de la colonización del Oeste. Todos aquellos carros ya estaban organizados para la marcha, pero al extremo de la calle se estaban preparando cuatro o cinco más.

Tenía razón Zacarías. La gente se disponía a largarse de allí, convencida de que nunca encontraría las riquezas con que un día soñó. Numerosas personas contemplaban desde los porches aquellos preparativos de éxodo, sin atreverse aún a tomar una decisión. Pero estaba claro que el ejemplo de los que marchaban pronto encontraría imitadores.

Los dos hombres salieron a la calle, atraídos por el espectáculo de la caravana que iba a organizarse.

Ninguno de los dos tenía apetito para desayunar. Se detuvieron en el porche, viendo cómo los enormes carros eran cargados con enseres, bultos, animales domésticos, niños…

De pronto resonó aquella voz.

Era una voz poderosa, tonante. Y al mismo tiempo era una voz rica, que estaba hecha de matices. Una de esas voces que parecen hechas para impresionar y para convencer.

—¿Pero qué os ocurre, desdichados? ¿Por qué pensáis

abandonar la cuenca de los montes Soda?

Todos se volvieron hacia el lugar donde acababa de brotar aquella extraña voz. Y los primeros en volverse fueron Pat y Zacarías que estaban muy cerca.

El tipo al que vieron entonces era uno de los más inquietantes y curiosos con que se habían enfrentado jamás. Estaba paralítico, pues iba en una silla de ruedas. Se notaba que, de todos modos, era un gigante. La altura y la amplitud de su cuerpo, aun estando sentado en la silla, resultaban impresionantes. Vestía una levita negra, un pantalón gris y un sombrero blanco. Sus ojos, muy negros, denotaban profundidad e inteligencia.

Junto a él, empujando la silla de ruedas, estaba una mujer que también llamaba la atención por muchos motivos.

Era una real hembra. Tenía unos largos cabellos pelirrojos que le caían sobre los hombros y adornaban su cuello como con la caricia de una llama. Tenía los labios rojos, pulposos, anchos. Tenía la cintura estrecha.

El hombre siguió con voz tonante:

—¡Escuchadme! ¡No podéis marchar así! ¡Todos vosotros abandonáis una verdadera fortuna al dejar esta tierra!

Todos le escuchaban con atención, aunque haciendo muecas escépticas. Estaba bien claro que no le creían.

Pat preguntó en un cuchicheo a un minero que se encontraba junto a él:

—¿Quién es ése?

—Se llama Paitan.

—Paitan… Lo he oído nombrar. ¿No es el que propaló la leyenda de que había oro por los montes Soda?

—Sí, el mismo.

—Yo también vine atraído por esa leyenda —musitó Pat—. Lo que ocurre es que nunca había oído hablar a Paitan.

—Pues ahora lo tienes delante tuyo. Pero no le hagas caso. El cree de buena fe lo que dice. Pero la experiencia nos ha demostrado que se equivocó.

Paitan estaba con su silla de ruedas en lo alto de un porche más elevado que los otros, de forma que se le veía perfectamente. Se quitó su sombrero blanco, hizo con él un gesto como para imponer silencio y continuó:

—Vosotros sabéis que yo fui el primero en llegar a esta tierra. Cuando yo me establecí en los montes Soda, no había aquí ni indios. De eso hace diez años y yo era muy joven. Venía cargado de ilusiones, pero ellas nunca me hicieron perder el sentido de la realidad.

Uno de los que le escuchaban murmuró:

—Entonces te equivocaste, Paitan.

—¿Equivocarme? ¿Por qué? ¿Porque dije que en esta zona había mucho oro?

—Aquí no hay nada. Ni oro, ni plata ni cobre. Esta tierra es de lo más miserable que han pisado los hombres.

Algunos murmullos arreciaron. Paitan volvió a imponer silencio.

—Si os digo que hay oro, es porque yo mismo lo vi. ¡Vetas gruesas como el brazo de un hombre! ¡Una fortuna para docenas de familias! ¡Cantidades de oro casi inagotables, que estaban al alcance de la mano! ¡Sólo hacía falta excavar un poco en las paredes! ¡El oro caía solo!

La voz del hombre seguía siendo poderosa y además era más convincente que nunca. Pat reconoció que aquella voz tenía «gancho». No era extraño que la gente se hubiera dejado arrastrar por ella.

Pero ahora los habitantes de la ciudad estaban desengañados. Otro preguntó:

—Si viste ese oro, ¿por qué no te apoderaste de él tú solo? ¿Por qué diste la noticia?

—Confieso que traté de apoderarme de él —dijo Paitan—. No voy a presumir ahora de generoso porque no lo fui. Pero no pude registrar la propiedad porque eran los años de la guerra civil. Todo esto estaba ocupado militarmente.

—¿Y eso qué tiene que ver con el oro? —preguntó un minero que llevaba poco tiempo en la ciudad—. Nadie nos ha contado la historia. ¿Por qué no explotaste el oro a pesar de la guerra?

—Después de la rendición de Appomatox, un poderoso grupo sudista había huido a través de medio país, hasta refugiarse en California —explicó Paitan con la misma voz amplia y poderosa—. Los nordistas les siguieron, pero los rebeldes se hicieron tan fuertes en esta zona que hubo que batirles con artillería. Los cañonazos fueron tan intensos y tan seguidos que cambiaron la configuración

de todo un valle.

—¿Y el oro desapareció? —preguntó otro escéptico—. ¿O quizá los sudistas muertos se lo llevaron al otro barrio?

—Nunca más pude encontrarlo —reconoció el paralítico—. Cuando volví a esta zona, un año después, todo tenía un aspecto completamente distinto.

—¿Y por qué tardaste un año?

Paitan sonrió tristemente.

—¿Hace falta preguntar eso? ¿No lo veis? Yo, que ya tenía él oro, no quería alejarme de esta zona ni aunque me costara la piel. Pero un cañonazo me envió por los aires y la metralla casi me segó la columna vertebral. Estuve un año entre la vida y la muerte, hasta que volví… sobre esta silla de ruedas. Ya no podía subir por las montañas ni buscar yo sólo el oro entre las toneladas de rocas que habían cambiado de sitio. Necesité contar mi secreto a algunas personas para que me ayudaran, pero esas personas fueron incapaces de guardar silencio. Pronto se supo la noticia y hasta aquí empezaron a llegar emigrantes. Muchos me preguntaron si era cierta la leyenda del oro y yo dije la verdad. Siempre he sido incapaz de mentir a hombres y mujeres que habían atravesado el país entero con sus hijos, atraídos por la llama de la esperanza. Les dije lo que sabía, y empezaron a fundarse colonias. Una, a un lado de los montes Soda, se llamó Baker. La otra, donde estamos ahora, se llamó Beacon Station.

La gente, en silencio, escuchaba con atención aquellas palabras. Paitan continuó con voz ahora más suave y convincente:

—Quizá algunos que no me hayáis visto nunca os preguntéis si señalé o no el lugar exacto en que yo había visto el oro. Y os diré que, efectivamente, lo señalé. Era el que antiguamente se llamaba valle de las Mil Voces, a causa del eco con que sus paredes repetían las palabras. Pero todo estaba distinto de como yo lo vi. Las viejas paredes ya no existían. Parecía haber habido un terremoto por el lugar. Y a pesar de las mil excavaciones que se hicieron, nada pudo encontrarse.

—¡Ni allí ni en ninguna parte! —gritó otro.

—Cierto, ni allí ni en ninguna parte. Muchos pensasteis que, si el oro había estado allí, por los arroyos de la montaña bajarían pepitas. Y se establecieron los primeros lavaderos de arenas

auríferas, que no sirvieron para nada. Otros buscaron los pliegues del terreno y empezaron a excavar más lejos. Algunos buscaron en profundidad y abrieron galerías. Los recién llegados ya no tenían sitio en el valle y se diseminaron por los montes, pensando que si había oro en algún lugar tenía que haberlo también en otro. Durante cinco años esto ha sido un núcleo de reunión para gentes llegadas de todos los rincones del país. ¡Pero el oro existe! ¡Ya sé que hasta ahora hemos fracasado! ¡Ya sé que no se ha encontrado ni una pepita! ¡Pero yo no mentí! ¡No hubiera vuelto aquí, convertido en un paralítico, si no supiera que es cierto! ¡Yo mismo sigo buscando!

—¡Pues busca tú solito! —gritó otro—. ¡Ya estamos hartos! ¡Nos iremos a la costa, donde hay trabajo para todos! ¡Quédate el oro y que te haga buen provecho cuando lo encuentres! ¡Porque no lo encontrarás nunca!

Sonaron algunas risotadas.

La gente ya parecía estar harta de oír hablar a Paitan.

Las carretas iniciaron su marcha. El paralítico alzó los brazos al cielo en un gesto casi patético.

—¡Esperad! ¡No sabéis lo que estáis haciendo! ¡Esperad! ¡Ese oro aparecerá! ¡No echéis por la borda cinco años de vuestras vidas!

Pero ya nadie le hacía caso.

El éxodo comenzaba.

Pat miró a Zacarías.

—Tú ya habías oído hablar a Paitan, ¿verdad?

—Sí, una vez. Cuando me decidí a venir aquí. Tú eras un muchacho de diecinueve años que no tenía familia y por eso me seguiste. Sin embargo, quizás nunca te había hablado de Paitan de una manera directa. Además, como llevaba tiempo sin venir por aquí, algunos de los recién llegados pensaron que era una leyenda: que ya no existía.

Pat se puso un cigarro entre los dientes.

—Ahora que lo has vuelto a oír, ¿qué te parece?

—A mí me parece sincero.

—¿Se te ha ocurrido pensar que pudiera ser un visionario? Todos ellos son sinceros.

—Cierto, puede ser un visionario. La verdad es que ya empiezo a creerlo. Si uno juzga por los resultados…

—Aquí no hay oro —dijo Pat—. Ni lo hay al otro lado de los montes Soda. Nos largaremos enseguida, tal como ha hecho toda esta gente. Claro que antes yo trataré de convencer a Annabella para que se venga conmigo. Y antes aún…

Sonrió levemente y añadió:

—Voy a ver a Paitan.

—¿Para qué? ¿Para preguntarle si ya ha hecho memoria sobre el emplazamiento del oro?

—No —dijo Pat burlonamente—. Sólo para preguntarle dónde duerme la chica que le acompaña.

Y se dirigió hacia ellos, sorteando el paso de las carretas que ya llenaban la calle principal.

Paitan se alejaba decepcionado. La hermosa muchacha empujaba con cuidado la silla de ruedas.

Pat llegó a su alcance.

Pero fue entonces cuando alguien decidió que tenía que morir. Alguien que ya tenía el dedo posado sobre el gatillo.

Y que lo cerró velozmente…

CAPÍTULO IV

El hombre que estaba encaramado en lo alto de uno de los tejados y que cerraba su dedo sobre el gatillo, se llamaba Patton. Su víctima no lo conocía ni sospechaba que se encontrara allí. Por eso el tiro de Patton iba a ser sobre seguro.

Pat iba detrás de la silla de ruedas empujada por la muchacha. Y se fijaba exclusivamente en las apasionantes curvas de ésta.

De pronto alguien gritó desde el otro lado de la calle:

—¡Eh, amigo, no hay nada a hacer! Todos los de esta ciudad hemos intentado casarnos con ella. Y… ¡narices!

Pat se volvió para ver al que le hablaba.

Lo hizo bruscamente.

Giró la cabeza tanto que la cambió de posición unas cuantas pulgadas. No imaginó que así la separaba del camino de la bala, en el momento en que su enemigo apretaba el gatillo ya.

El plomo le quemó las cejas.

Y Pat saltó inmediatamente hacia atrás, dando casi una vuelta de campana en el aire, mientras el rifle disparaba por segunda vez.

Las dos balas se clavaron casi juntas en el mismo pedazo de madera, a mínima distancia de la cabeza de Pat. Éste dio varias vueltas sobre sí mismo, en el porche, mientras disparaba rabiosamente.

El hombre que estaba en el tejado no se había cubierto. Confiaba sólo en la traición, y ya no tuvo tiempo de parapetarse ni de retroceder.

Una bala le atravesó el estómago; otra el hombro izquierdo.

Pero avanzó hasta el borde del tejado, con el rifle sobre la cadera, mientras disparaba furiosamente. Si llega a precisar la puntería, liquida a Pat, que estaba al descubierto en el porche. Pero

las balas dieron en el amarradero de los caballos, espantando a éstos. Pat disparó de nuevo, ahora al centro del cuerpo de su enemigo, que se recortaba claramente al sol.

Se oyó un alarido.

Y el rifle cayó desde el tejado al suelo.

Pat corrió hacia él.

Inmediatamente comprendió que no le conocía, pero también supo que no podía ser sino Patton.

Un alguacil se acercó también.

Con el pie, hizo girar el cadáver, para verle bien la cara, mientras mantenía la mano sobre la culata.

—De buena se ha librado, amigo —bisbiseó, mirando a Pat—. Este tipo no acostumbraba a fallar. Aún, no comprendo cómo no le ha matado.

—¿Quién era?

—Se llamaba Patton —dijo el alguacil.

—Lo imaginaba.

—¿Tenía algún asunto pendiente con él?

—Lo buscaba para hacerle unas preguntas, o tal vez para matarle si se hacía necesario. El asesinó a un hombre en Baker, y yo estaba empeñado en saber por qué.

Pat se inclinó sobre el muerto y lo registró.

El alguacil no puso ningún obstáculo. Pat lo había matado legalmente. Por lo tanto, según la costumbre del Oeste, el muerto era suyo.

El joven estaba seguro de que encontraría el reloj, y en efecto, lo encontró. Patton lo llevaba en uno de los bolsillos del chaleco. El trasto seguía parado, marcando exactamente las diez y media.

Pat se acarició la mandíbula.

En ese momento oyó un leve chirrido que se acercaba a él. Levantó la vista. El leve chirrido era el de los muelles de una silla de ruedas. Paitan estaba ante él, siempre con la hermosa muchacha. Ambos le miraban fijamente.

Paitan murmuró:

—Este hombre ha querido matarle. ¿Por qué?

—Teníamos un asunto pendiente… a causa de este reloj.

—¿Este reloj? Hum… Es un trasto. Ya a simple vista se precia que no vale ni tres dólares. Déjemelo.

Pat se lo dejó, y el otro lo examinó más de cerca.

—Está parado —dijo—. Hum… Y la cuerda no funciona.

Había intentado darle cuerda, pero el eje debía estar roto, de modo que aquello era imposible hacerlo marchar a menos que se cambiaran bastantes piezas.

Se lo devolvió a Pat.

—Buen provecho le haga —dijo—. Pero es lástima que por una cosa sin valor haya tenido que morir un hombre y Layan estado a punto de morir dos.

—No es el primero que muere —dijo Pat—. Ya hubo un asesinato en la ciudad de Baker. Pero la verdad es que todavía ignoro las verdaderas razones.

Paitan murmuró:

—Me ha parecido que usted me seguía. Que quería hablar conmigo.

—Sí, es cierto.

—¿Puedo ofrecerle una copa?

—Por supuesto que sí, Paitan.

Y se alejó con el paralítico y la hermosa muchacha, entre la envidia de todos los que le miraban. Porque lo cierto era que a todos les hubiera gustado acercarse a aquella beldad.

Entraron en el hotel, donde Paitan tenía alquiladas dos habitaciones de la planta baja que formaban como una sola pieza. Eran las dos habitaciones más elegantes que había en el modesto establecimiento.

—Tengo alquiladas precisamente éstas porque no puedo subir ni bajar escaleras —explicó el paralítico—. Siéntese. Por favor, Lorena, prepárenos unos tragos.

Así supo Pat cómo se llamaba la hermosa muchacha.

Ella se desprendió de la parte superior de su vestido, quedando solo en falda y blusa. Manipuló unos instantes con vasos y botellas hasta preparar unos combinados que parecían ser su especialidad. Mientras tanto, Paitan buscaba unos cigarros de un lado para otro, en su silla de ruedas. La muchacha tendió una bandeja de plata con dos vasos a Pat, que estaba cerca de la ventana.

—Espero que le guste —susurró.

—¿Quién? ¿Usted?

—No. La bebida —dijo Lorena.

Los dos hablaban en susurros, como dos cómplices, tal como si hubiera entre ellos un secreto. Y la verdad era que no había ninguno.

—La que me gusta es usted —dijo Pat—. Tal vez crea que quería hablar con Paitan… Bueno, pues se equivoca. Quería hablar con usted. Tenía la estúpida pretensión de que me diera una cita a solas.

—Pierde el tiempo. Yo soy una mujer inasequible.

Y calló, porque en aquel momento se acercaba Paitan, quien había encontrado los cigarros al fin.

—Beba, beba —dijo el paralítico—. Los combinados que prepara mi sobrina son excelentes.

—Ah… ¿Es su sobrina?

—Sí. Ninguna otra persona tendría tanta paciencia conmigo. Hay que ser de la familia para soportar lo pesado que se pone un hombre como yo.

—Tú no tienes la culpa —dijo Lorena, cariñosamente.

Y se alejó dejándolos solos.

Cuando estuvieron solos, susurró:

—¿Usted también cree que no hay oro?

—Por lo visto la del oro es su idea fija, Paitan.

—Confieso que sí. Pero también es la idea fija de todos ustedes. No me diga que usted no es un buscador como los otros.

—Confieso que sí. He estado en las cercanías de Baker durante cinco años, en compañía de un viejo carcamal que creyó en las palabras de usted. Los dos confiábamos en que un día se haría el milagro.

—¿Van a irse, como toda esa gente?

—Yo pienso que sí.

—Se equivoca, amigo. El oro existe. Yo mismo vi las vetas, con mis propios ojos, en el llamado valle de las Mil Voces. Lo que ocurre es que ahora ese valle ya no existe; los disparos de la artillería lo cambiaron todo por completo. Era un valle tan angosto que parecía un desfiladero entre dos montañas. Un escuadrón de caballería no hubiese cabido en… Y toneladas de roca lo deshicieron, ahogándolo. ¡Pero debajo está el oro! ¡Estoy seguro!

Pat hizo un gesto dubitativo.

—Menos mandanga, amigo.

—¿Por qué dice eso? ¿No me cree?

—Los mineros han buscado por todas partes. Han puesto serenos. Han hecho túneles. Si hubiese oro ya lo habrían, contratado. Además…

—¿Además qué?

—Según usted, unos fugitivos sudistas, después de atravesar medio país, se habían reunido allí, y fueron destrozados por la artillería. ¿Todos murieron?

—Según mis informes, todos.

—¿Y sus cadáveres? ¿También están sepultados bajo toneladas de roca?

—Claro que sí. Por fuerza han de estarlo.

—Pues habría aparecido alguno de ellos. Y ni muertos han encontrado, caramba. Es lo menos que se puede encontrar, ¿no? Un sucio cadáver. Pues ni eso.

—¿Cree que ni los sudistas ni el oro han existido nunca? ¿Cree que todo ha sido una alucinación mía?

Pat no contestó al principio. Encendió calmosamente uno de los cigarros que le habían ofrecido y bebió un sorbo de licor tras aspirar el humo. Luego sacó el reloj y, siempre en silencio, alzó la tapa, dejando al descubierto la maquinaria. Estuvo examinándola durante largo rato.

Paitan preguntó:

—¿Qué busca ahí?

—No lo sé… Pensaba que tal vez en este reloj habría un dibujo, una contraseña. Pero yo sólo veo un trasto con la maquinaria rota. Es de lo más vulgar.

—Ya me he dado cuenta antes —dijo Paitan—. Yo, en su lugar, olvidaría ese reloj. Si hay gente que ha demostrado interés por poseerlo, debe ser a causa de una serie de casualidades. Pero no ha contestado aún a mí pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La de que si piensa que no hay ni sudistas ni oro. Que soy un simple visionario.

Pat rió quedamente.

—No, usted no es un visionario, señor Paitan.

—¿Pues qué soy?

—Un tío listo. Y hasta diría que un mercachifle.

—¿Quééé?…

—Se lo diré con más claridad: usted ha sabido aprovechar las ilusiones de esa pobre gente que se ha desplazado hasta California desde todos los rincones del país. Ha explotado su hambre, su miseria y su ignorancia. Y ellos no han encontrado oro, pero usted sí. Usted ya se ha hecho rico sin necesidad de abrir ninguna mina.

Paitan le miraba con creciente atención, mientras palidecía y sus facciones se crispaban progresivamente.

No le entiendo, amigo. No sé de qué cuernos me habla. La verdad es que no le entiendo.

—Yo tampoco, hasta que he oído el nombre de su sobrina. Lorena… Nunca se me hubiera ocurrido, la verdad. ¿Se llama por casualidad Lorena Pinkair?

—Sí.

¡Qué casualidad! La gente no lo sabe, pero cierta vez que viajé a San Francisco me enteré de cómo llegan los alimentos a esta zona de California. Como la tierra es estéril, todo hace falta traerlo, menos el agua. Y existe una compañía mercantil que posee almacenes en San Francisco y en otros lugares, además de redes de transporte concedidas en exclusiva por el Gobierno. Por cada gramo de pan que se consume aquí, usted obtiene un beneficio del cien por cien, ya que en la zona de los montes Soda todo es el triple de caro. ¿Cuánto ha ganado en estos años, Paitan? Yo supongo que más de un millón. Y, naturalmente, le interesa que el negocio continúe. Quiere que la gente siga aquí, atraída por el señuelo del oro, para poder seguir vendiéndoles todo lo que necesitan. Porque usted se encarga desde proporcionar cunas para los recién nacidos hasta ataúdes para los muertos, ¿no es verdad?

Bebió otro sorbo de licor y añadió:

Confieso que sin mi viaje a San Francisco no me hubiera enterado de la existencia de esta organización. Tampoco la hubiera relacionado con usted, puesto que todo está a nombre de Lorena Pinkair. Pero ahora he comprendido. Y no le escupo a la cara porque es usted un paralítico, Paitan. Pero si no…

Se puso en pie, arrojó el cigarro al suelo y vació el licor sobre la mesa.

Paitan le miraba con las facciones crispadas mientras una terrible palidez cubría su rostro.

Sus manos se habían cerrado con terrible fuerza sobre los brazos

de la silla.

Pero su voz fue extrañamente suave cuando murmuró:

—Usted me juzga mal, señor.

—¿De veras? ¿Cree que no he dicho la verdad?

—Sí que la ha dicho, pero debe procurar entenderme. Lorena es la única familia que tengo, la única persona que aún se preocupa de mí. Sin sus cuidados, hace tiempo que yo habría muerto. Es natural, que procurara darle alguna compensación. Lo de los sudistas es verdad y lo del oro también. Al principio, cuando la gente empezó a venir aquí, yo no pensé obtener ningún beneficio de ello, se lo juro. Pero luego se me ocurrió que podría suministrarles alimentos, ropas y todo lo necesario. Sólo lo hice por ayudar a Lorena.

Pat sonrió.

—Lo cual no quita para que siga siendo usted un mercachifle, Paitan. Pero no se lo reprocho. Al fin y al cabo, su negocio se está yendo al agua. Buen provecho le haga lo que ha ganado con la estupidez de toda esa gente.

Y salió de allí, cerrando la puerta de un golpetazo.

Tropezó con alguien en el pasillo penumbroso.

Había pensado hasta entonces que Lorena estaba en la otra habitación, y por eso se sorprendió tanto al encontrarla allí.

Ella musitó:

—No debiste haber dicho todo eso, Pat.

—¿Lo has oído?

—Una mujer siempre oye lo que dice un hombre cuando ese hombre le interesa.

—No me vengas ahora con escenitas sentimentales, nena. A ti sólo te interesan las monedas amarillas. Te digo como a tu querido tío: el negocio ya se va al agua. Buen provecho os haga.

—Eres un sucio bastardo, Pat.

Se alejó hacia la puerta de la calle.

Ella repitió en voz baja:

—¡Bastardo!

Pero Pat ya no la escuchó. Estaba dispuesto a largarse de California y a olvidar aquella maldita aventura.

Le gustaba Lorena, pero más le gustaba Annabella, y además Annabella era una chica como las chicas deben ser.

No sabía aún que una serie de cosas habían de retenerle allí. No

imaginaba en aquel momento que la aventura no había terminado, sino que en cierto modo acababa de comenzar.

Empezó a comprenderlo cuando tropezó con aquel viejo guía, con aquel fulano que mascaba tabaco y lo escupía a diez yardas, oscureciendo casi la luz del sol. Fue la primera de una serie de sorpresas que había de tener y cuyo sentido, al principio, no supo desentrañar ni de lejos.

CAPÍTULO V

El viejo preparó la bola de tabaco y escupió una andanada que, por poco, tumba a un caballo en cuyas ancas dio de lleno.

A Pat no le gustaban los mascadores de tabaco, en parte torque su boca hedía y en parte porque lo dejaban todo perdido a su alrededor. Por eso se quedó mirando al tipo que avanzaba no muy seguro por la calle vacía, haciendo eses.

Pat le detuvo con un gesto.

—Más vale que se siente ahí, amigo, y descanse hasta que se le pase la borrachera.

—¿Qué dice? Yo no estoy borracho.

—Pues lo parece.

—Lo que ocurre es que llevo andando dos días seguidos, mis piernas ya no me sostienen. Me sentaré ahí. ¿Quiere poco de tabaco para mascar?

No, gracias. Me parece una mala costumbre.

El vejete rió. Era simpático a pesar de todo. Miró a Pat y le señaló la calle principal de la ciudad, por la que no se veía a nadie.

—¿Qué pasa? ¿Es que se ha largado la gente?

—Esta mañana se ha ido media ciudad. Y supongo que no tardará en irse la otra media.

—¿Por qué? ¿No les gusta esto?

El joven señaló el cielo azul, tan azul que parecía una losa de metal, y las tierras yermas.

—¿Y a usted? ¿Le gusta?

—Hum… Personalmente prefiero zonas algo más frías. De todas maneras, por las cercanías de los montes Soda no se está mal. Yo estuve aquí hará unos cinco años. Y dígame, ¿por qué se ha largado la gente?

—Pensaban que aquí había oro. Y no lo hay.

El viejo se pasó una mano por la boca.

—Verá… Suceden cosas extrañas.

—¿Qué cosas?

—Al final de la guerra civil hará unos seis años más o menos, yo era guía del ejército. Perseguíamos a un destacamento sudista que había atravesado medio país practicando la lucha de guerrillas. No sé ni cómo llegamos hasta aquí. Estábamos ya hartos y los odiábamos a muerte porque eran listos y no había modo de atraparlos. Por fin los tuvimos encerrados en un pequeñísimo valle de los Soda Mountains. No sé cómo se llamaba. Era un valle donde apenas cabían.

Pat había palidecido.

Con un soplo de voz preguntó:

—¿Quizá se llamaba el valle de las Mil Voces, a causa del eco que despedían las paredes?

—Puede que sí… No lo recuerdo exactamente. El caso fue que, una vez acorralados, no perdimos el tiempo. El coronel que mandaba nuestra fuerza había podido hacerse con una fuerte artillería, y dio la orden de enterrar vivos a todos aquellos rebeldes. Nunca he visto tantos disparos juntos. Aquello fue infernal. Disparábamos a media altura de las paredes rocosas para que todo se hundiera. El valle desapareció. Que yo sepa, no quedó vivo ni un solo sudista.

Las manos de Pat temblaron un momento.

El viejo murmuró:

—¿Qué le pasa, amigo?

—Verá… Estoy sorprendido.

—¿Por qué?

—Yo creí que eso que me cuenta era una leyenda. Que de verdad no había ocurrido nunca.

—Pues ocurrió; yo mismo fui testigo. Lo que sucede es que los vencidos murieron todos, y los vencedores se dispersaron porque ya estaban hartos de la guerra. Con el tiempo esas cosas llegan a medio olvidarse y uno ya no sabe si han sido verdad o no.

—Pero usted, ¿por qué ha vuelto?

—Porque vi entonces algo.

—¿Y hasta al cabo de seis años no se ha acordado?

El vejete rió. Iba a ponerse más tabaco en la boca, pero en atención a Pat lo desmenuzó entre sus dedos.

—Verá, es que entonces yo no sabía lo que aquello significaba.

—¿Y ahora sí que lo sabe?

—Sí.

—¿Qué fue lo que vio?

—Una cosa muy sencilla. Como yo era guía y observador, me situé en uno de los más altos peñascos para dirigir el tiro de la artillería. Enfrente, a unas doscientas yardas, tenía a un sudista que estaba haciendo señales luminosas con un heliógrafo, es decir, un espejo en el que se reflejaba la luz del sol. Y siempre repetía la misma palabra.

—¿La entendió?

—Entonces no.

—¿Y con quién trataba de comunicarse?

—Con alguien que debía estar fuera del valle. Con alguno de sus guías tal vez. Eso es algo que no he sabido nunca ni me preocupa. Llegué a olvidarme de lo que había hecho aquel hombre poco antes de morir. ¡Se hacen tantas cosas en la guerra!

—Y ahora, ¿qué sabe de aquello?

El viejo terminó al fin por ponerse el tabaco en la boca y mascó cadenciosamente mientras decía:

—Verá… Luego me fui a vivir a Nueva York. Quería olvidarme de la guerra y hasta me olvidé de California. Un aburrido domingo por la mañana estaba por casualidad en una biblioteca pública cuando cayó en mis manos un libro impreso en Richmond, es decir, un libro sudista. En él se detallaban las claves que usaría normalmente el ejército para comunicarse por medio de señales.

—¿Y…?

—Entonces recordé la palabra. Ya le he dicho que el sudista la repitió varias veces, como si estuviera obsesionado, hasta que las balas empezaron a caer. A mí se me había quedado grabada en la memoria, aunque aparentemente no tenía sentido. Y entonces, a la luz de aquella clave, la pude descifrar del todo.

Pat tragó saliva bruscamente.

—¿Qué decía la palabra? —preguntó.

—Era muy sencilla: ORO.

Las manos del joven se crisparon un momento en el aire.

Con voz ronca, al cabo de unos instantes, murmuró:

—¿Y entonces usted vino hasta aquí?

—Sí. Desde Nueva York hasta aquí. He ido gastando todo lo que tenía, hasta quedarme incluso sin caballo. Por el camino me enteré de que mucha gente estaba ya enterada de que por aquí había oro, aunque nadie pudo encontrarlo.

Pat vaciló.

—¿Conoce a alguien aquí?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada.

Pero en realidad lo había preguntado por algo. Pensaba aún que aquélla podía ser otra nueva añagaza de Paitan para que la gente se quedara en la zona. Había que reconocer que la historia resultaba convincente. Pero ¿era cierta?

Pat susurró:

—Luego nos beberemos una botella del mejor *whisky* de la ciudad, amigo, pero ahora dígame una cosa: ¿Reconocería el pico desde el cual usted dirigió el tiro de la artillería?

—Creo que sí.

—¿Y el pico desde el cual estaba el sudista haciendo señales?

—También, puesto que estaba enfrente mío.

—Vamos a probarlo —dijo Pat—. Caballos no nos faltarán.

Y se puso en pie, dispuesto a dirigirse a la cuadra pública. Pero el viejo murmuró:

—Que no nos falte tampoco la botella…

Durante dos días, tres hombres estuvieron recorriendo palmo a palmo la zona en la que el grupo sudista —si era verdad la historia — fue aniquilado. Los tres hombres eran Pat, Zacarías y el viejo guía, que se llamaba Burton. Lo que buscaban en realidad era el llamado valle de las Mil Voces.

Al principio todo fue bien. Burton recordaba los sitios por los que había guiado al ejército. Se acordaba de cosas increíbles, como, por ejemplo, de los lugares en que instalaron sus campamentos. ¡Y, en efecto, al cabo de los años, aún estaban las trincheras que abrieron para prevenir una sorpresa! Se acordaba de las señales que hicieron para orientarse entre el laberinto de rocas, y que efectivamente aún estaban marcadas en ellas. Pero al llegar a lo que debía ser el valle, las cosas cambiaron.

—No lo entiendo —dijo Burton, de pronto, como si estuviera totalmente desorientado.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Antes había aquí un paso que ahora no existe.

—Claro. Con vuestros disparos de artillería lo derrumbasteis todo —masculló Zacarías, que en el fondo siempre había sido un poco partidario del Sur—. Obrasteis como unos bestias. Montañas enteras desplazadas de sitio. Total: este paisaje ha cambiado. ¿Te acuerdas al menos del pico desde el cual dirigiste los disparos?

Burton miró en torno suyo con todos los sentidos en tensión.

Notaron que se estaba orientando por el sol, ya que el paisaje poco podía servirle de guía.

—¡Aquél! —dijo al fin, señalando hacia arriba—. ¡Aquel…!

Los tres hombres subieron al promontorio. Ya era algo. Pero cuando creían estar en el buen camino, tuvieron una brutal decepción al saber que el que ya llamaban «pico sudista» no existía.

—Todo ha desaparecido —dijo Burton—. Lo único que puedo hacer es señalar la dirección en que estaba. Me acuerdo por la inclinación del sol. Estaba justamente allí.

Pero «allí» no era más que una montaña de rocas informes sobre las que ya había crecido la maleza.

Pat hizo un gesto de desánimo.

—Nunca averiguaremos nada —murmuró—. La gente se ha hartado de hacer galerías ahí abajo. Y sin encontrar ni siquiera un cadáver.

Burton le miró en línea recta.

—Todos esos cadáveres de sudistas existen —dijo—. No han podido evaporarse. Sus almas puede que hayan subido al cielo, pero sus cuerpos yo os aseguro que no.

Descendieron entonces del picacho para dirigirse a lo que teóricamente había sido el valle, o al menos la entrada del mismo. Había allí numerosas galerías que se habían ido excavando en la roca viva durante años. Todas estaban ahora abandonadas desde el día anterior, cuando la gente inició el éxodo masivo al convencerse de que allí no había oro.

Pat quiso hacer otra prueba.

—Para el tiro de la artillería debisteis calcular bien la distancia —dijo—. Desde el lugar en que estaba la entrada del valle hasta el

lugar en que se hallaban los sudistas, ¿cuántas yardas había?

—Unas mil.

—¿En qué dirección?

—Noroeste. Orientamos el tiro hacia el noroeste, disparando con un ángulo muy elevado.

Pat miró delante suyo.

Había galerías para todos los gustos, orientadas en todas direcciones y de todas las longitudes. Con el trabajo inútil que se había perdido allí podía haberse hecho la mitad del tendido de la Union Pacific. Pat eligió una larga galería que fuese precisamente hacia el noroeste, penetrando profundamente en lo que había sido el valle.

—Contemos las yardas —dijo—. Hay que saber si llegamos al sitio donde estaban los sudistas.

Penetraron en la galería, valiéndose de las antorchas a medio consumir que había tiradas por todas partes. Cada diez yardas aproximadamente hacían una señal y contaban. La galería avanzaba casi en línea recta e hicieron cien señales: total, mil yardas. La distancia a que más o menos había dicho Burton que estaban los sudistas.

Pat se detuvo y puso los brazos en jarras.

—¿Ahora qué? —murmuró.

Burton pateaba el suelo rabiosamente.

—¡Infiernos! ¡Los sudistas tenían que estar aquí! ¡Aquí! ¡No pueden haberse evaporado! ¡Estaban aquí!

Zacarías señaló el techo de roca.

—Tengamos en cuenta que esto se hallaba antes al aire libre, es decir, era el valle. Ahora hay encima las toneladas y toneladas de roca que proyectaron los cañonazos.

—Sí, pero ¿y los cadáveres?

—Cierto. ¿Cuántos sudistas había?

—Al menos ochenta —dijo Burton.

—Pues tenían que haber aparecido algunos muertos, por muy diseminados que estén los otros. ¿Iban a caballo?

—No. Los habían dejado un par de días antes. Por estos peñascos uno solo se movía bien a pie.

—Pues la tierra está horadada en todas direcciones. Algún esqueleto tenía que haber aparecido —dijo Pat—. ¿Sabe qué le digo,

Burton? No creo una palabra de todo esto. O usted está de acuerdo con Paitan, o todos son una cuadrilla de visionarios.

—¿Yo de acuerdo con Paitan? ¿Por qué?

—Sería muy largo de explicar.

Zacarías dijo en aquel momento:

—¡Eh! ¡Mirad!

—¿Qué pasa?

—¡Allí hay un resquicio de luz! ¡La galería sale a alguna parte!

En efecto, ante ellos no habían tenido hasta entonces más que una completa oscuridad, pero el sol, al posarse con una inclinación determinada, hacía que su luz llegara al fondo de la galería. Los tres hombres avanzaron hacia allí. Pronto salieron al aire libre, lo que, bien mirado, no era ninguna novedad, porque los que construyeron el túnel habían salido cien veces antes que ellos.

Se encontraron en una especie de pozo de paredes rocosas. La luz del sol apenas entraba allí, lo cual explicaba que sólo con una cierta inclinación hubiera iluminado la salida del túnel. La sensación que se tenía en aquel lugar era de ahogo. Hasta llegaba a causar angustia, como si las paredes fueran a derrumbarse encima de sus cabezas de un momento a otro.

El suelo estaba tapizado de fragmentos de roca desprendidos de las cumbres a causa de los disparos. En el centro había una gran piedra llena de aristas con sólo un pequeño espacio llano, el único en el que un hombre podía sentarse a poner los pies.

Burton apretó los puños.

—Diablos… —dijo—. ¡Diablos!

—Creo que hemos llegado a la única parte del valle que queda intacta —bisbiseó Pat—. Todo lo demás ha quedado ahogado por las rocas desprendidas a causa del bombardeo. Pero esta parte del valle es la única que se conserva tal como estaba entonces. Mirad las paredes de basalto; aquí ninguna bala las tocó. Se conservan igual que estaban desde el principio de los siglos.

Paseó su mirada en torno suyo. Una mirada triste.

—Pero de oro, ¿qué? —preguntó.

—Centenares de hombres han estado aquí —susurró Zacarías—. Este trozo de valle ha sido más visitado que la estación Grand Central de Nueva York. ¿Y qué? Nadie ha encontrado una onza de metal amarillo. Y lo que es más curioso: Nadie ha encontrado el

cadáver de un sudista.

Pat pensó que sólo había una cosa clara: aquel otro tipo, Burton, también era un visionario o un embustero. En todas las cuencas mineras había tíos así. Fulanos que llegaban a creerse sus propios embustes. Pero no dijo nada para no herirle. Al fin y al cabo, ¿qué importaba ya?

—Salgamos —dijo—. Salgamos de aquí cuanto antes.

Volvieron al camino, montaron en sus caballos y regresaron en silencio a Beacon Station.

Habían empleado dos días en aquella investigación. Dos días perdidos del todo. ¿Pero qué importaba después de haber perdido cinco años?

Pagó a Burton otra botella de *whisky* y volvió al hotel, mientras Zacarías se quedaba en el saloon como era su costumbre. Entró en su habitación. Miró una vez. Vio aquellas piernas de mujer.

CAPÍTULO VI

Pero cuando tiró de las ropas y la descubrió, vio que no era Lorena. La mujer que se había dormido en su cama descuidadamente era… ¡era Annabella, su propia prometida! ¡La mujer con la que hubiera debido estar casado ya!

Ella no despertó.

Debía estar reventada.

Y ahora que Pat pudo fijarse en ella bien, vio que no sólo tenía las medias rotas y la falda sucia de barro, sino que, además, su rostro presentaba fuertes hematomas. Sin duda, la habían golpeado despiadadamente.

Masculló:

—¿Quién habrá sido el bestia que…?

Entonces ella despertó.

Le miró con ojos desorientados mientras murmuraba:

—Pat…

Se besaron en la boca.

Sólo cuando se hubieron besado dos veces, tres, cuatro, ¿o cinco?, el joven preguntó:

—¿Cómo estás aquí?

—Sabía que habías venido a Beacon Station. Por eso vine a buscarte.

—¿Y… quién te ha puesto así? ¿Quién te ha golpeado de esa manera?

—Mi hermano Oscar.

—A tu hermano Oscar le aplastaré las narices. ¿Por qué ha hecho esa salvajada?

—No quería que viniera contigo. Decía que ya una vez te reíste de mí.

—Yo nunca me he reído de ti, Annabella.

—Claro que lo hiciste, Pat. Te he perdonado porque te quiero, pero lo hiciste.

—Te equivocas. Todo fue culpa de este maldito reloj.

—¿Qué reloj?

Él se lo mostró, explicándole que el bestia de Zacarías había creído que andaba, cuando en realidad siempre marcaba las diez y media.

—¿De verdad… puedo creerte? —bisbiseó ella.

—Te lo juro. Puedes creerme. Si buscas a Zacarías, él te lo explicará también.

—Oh, Pat… Tira ese reloj y casémonos aquí mismo.

—No hay iglesia.

—Pues volvamos a Baker.

—En Baker está el bestia de tu hermano.

—Pat… ¿pero es que estás buscando excusas para no casarte conmigo?

—No, no… Vamos enseguida a Baker. Primero le romperé las narices a Oscar y luego iremos a ver al reverendo Connor.

—Es una idea estupenda, Pat. Salgamos enseguida.

E iban a besarse otra vez cuando alguien golpeó enérgicamente en la puerta.

Pat lanzó una imprecación.

—Vaya… —dijo—. En esta maldita ciudad parecía que no quedaba nadie, pero queda la gente suficiente para no dejarte estar en paz ni con la novia.

Y abrió la puerta.

Era un tío con mala cara.

Era el alguacil.

El alguacil le dio un empujón y lo hizo entrar en la habitación, mientras sacaba el revólver y lo amartillaba con un rápido movimiento.

Pat masculló:

—¡Eh, poco a poco, amigo! ¿Qué pasa?

El alguacil dirigió una mirada codiciosa a Annabella, que se cubrió rápidamente las piernas.

—Tú has hecho amistad con un hombre llamado Burton —dijo, luego, con voz ronca—. Un fulano que había sido guía del ejército

nordista.

—Sí —contestó Pat—. ¿Qué pasa con él?

—Casi nada. Que lo han asesinado…

CAPÍTULO VII

El cadáver estaba allí, en efecto, en lo que había sido el patio de una casa que ahora se encontraba abandonada como tantas otras. Cuando lo vio, Pat casi no podía creerlo. Le habían acuchillado por la espalda, pero de un modo que debió causar una especial sorpresa a Burton, porque los ojos de éste estaban desencajados por el asombro. No había podido hacer ningún gesto para defenderse. El revólver estaba intacto en la funda.

Pat bisbiseó:

—Dios santo…

El alguacil le miraba con expresión recelosa.

—¿Qué sabes tú de esto, Pat?

—No sé absolutamente nada. Nos separamos hace cosa de una hora. Desde entonces no había vuelto a verle.

—Pues le ha matado alguien al que conocía.

—¿Cómo lo sabe, alguacil?

El alguacil demostró no ser tonto. Señaló la herida que presentaba el cadáver en la espalda.

—Me he guiado por la inclinación con que entró el cuchillo. La persona que lo mató tenía que estar delante de él. Burton no desconfiaba, porque ya se ve que no tocó el revólver. Esa persona debió sacar el cuchillo sin que Burton lo viera, y se lo clavó en la espalda, pero estando frente a él. Como si fuera a darle una palmada en el hombro o algo por el estilo.

Pat reconoció que el alguacil tenía razón.

—Eso podría acusarme a mí… —reconoció—, pero… pero yo estaba con mi novia, demonios. Usted mismo la vio. ¡Y vaya si la vio, caramba! ¡Qué modo de mirarla!

—De un modo u otro —murmuró el alguacil—, tendré que

avisar al *sheriff* del condado.

—¿Va a detenerme?

El alguacil le miró con la mano cerca del revólver.

—¿A ti qué te parece, Pat?

Pat «sacó» en fracciones de segundo, antes de que el otro tuviera tiempo ni de mover un dedo.

—A mí me parece que no —dijo.

—¿Tratas de… resistirte?

—Sólo trato de que no se juegue conmigo. Yo no tenía ningún interés en matar a Burton, sino todo lo contrario. Y pienso ayudar a desentrañar este misterio, que ya me está resultando demasiado cargante. Cosa que no podré hacer si estoy detenido.

El alguacil pareció vacilar.

No estaba dispuesto a que le dieran órdenes con un revólver en la mano, pero al mismo tiempo, a raíz de la muerte de Patton, ya había visto cómo las gastaba aquel tío.

De modo que fue a decir que por él estaba bien. Pero en aquel momento llegó al patio con un nuevo personaje.

Era el tipo más extraño que habían visto jamás.

Andaba a tientas.

Tenía los ojos en blanco.

Se notaba ya a lo lejos que se trataba de un ciego.

Pero no era eso lo que más llamaba la atención de él. Causaban más efecto su barba hasta medio pecho, su desaliño total… ¡y el hecho de que aún se cubriera en parte con una vieja y roñosa guerrera sudista!

Todos le miraron como si fuera una aparición.

El ciego tanteaba las paredes, parecía palpar el aire. Pero se notaba que se movía con seguridad incluso por sitios desconocidos. Era un hombre que ya debía llevar muchos años ciego y se había acostumbrado a la oscuridad total, en la que en cierto modo se movía como si pudiera ver.

El aparecido susurró:

—Es aquí. Seguro que es aquí. Noto que tengo delante un grupo de hombres. Les oigo respirar.

Era asombrosa la intuición del ciego. Y lo agudizados que estaban sus otros sentidos. Hasta entonces ni el alguacil ni Pat habían notado que hicieran ruido al respirar.

El alguacil murmuró:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jackson.

—¿De dónde viene?

—De por ahí. He estado recorriendo el Oeste entero. Vengo a pie desde no sé dónde. He tenido que pasar desfiladeros tanteando las paredes y he tenido que cruzar desiertos guiándome sólo por el lado del cuerpo en que me daba el calor del sol. No sé ni cómo he llegado aquí; Me han dicho que esto es Beacon Station, California.

Pat le miró con asombro.

—¿Cómo sabe que esto es Beacon Station? —susurró.

—Me lo dijo un hombre. Un hombre al que encontré en el camino hacia aquí. «Manteniéndote a la derecha del sol, llegarás a una pequeña ciudad que se llama Beacon Station —me dijo—. Está al pie de unas montañas. Lo notarás por las zonas de sol y de sombra».

—¿Pero es posible que un hombre pueda guiarse por eso? —preguntó Pat, más asombrado cada vez.

—Cuando uno ha perdido los ojos, tiene que agudizar los otros sentidos —murmuró Jackson.

—¿Dónde perdió la vista?

—En una batalla que hubo cerca de aquí.

Pat tragó saliva bruscamente.

Otra vez le parecía como si el silencio fuera más y más espeso, como si pudiera cortarse.

—¿Una batalla? —murmuró.

—Sí. Un cañoneo.

—¿Usted estuvo en él?

—No. Yo pude librarme. Por eso creo que soy el único superviviente.

Ahora, unas gotitas de sudor habían aparecido en la frente de Pat.

Preguntó, con un soplo de voz:

—¿Cómo lo consiguió?

—Yo no entré en un valle muy estrecho donde entraron los demás. Los nordistas nos perseguían… Quedé herido en una pierna y mis compañeros me abandonaron. No eran tampoco lo que se dice unos angelitos, los muy hijos de perra… Si los nordistas llegan a

encontrarme, me ensartan con sus bayonetas, porque ya estaban hartos de perseguirnos y querían acabar de una vez con todos nosotros… Pero me pude ocultar. Y vi entre unas rocas cómo a cañonazos acababan con todos mis compañeros.

—El valle quedó deshecho, ¿no? —preguntó Pat.

—Hum… Fue terrible. Pareció como si la tierra hubiera cambiado de sitio.

—¿No se salvó nadie?

—No. Sólo pude salvarme yo.

—¿Cómo quedó ciego?

—No fue entonces —dijo Jackson—. Yo huí… Sólo pensaba en eso, en poner tierra de por medio, en conservar la piel… Estuve vagando no sé cuántos días hasta que unos forajidos me arrearon un par de balazos para quitarme todo lo que llevaba encima. Tengo las cicatrices aquí, debajo del pelo. No me mataron por milagro, pero me destrozaron la vista. Un médico me dijo que no había nada que hacer. Desde entonces he vagado como un perro, viviendo de la caridad pública. Y menos mal que California es rica y no hace frío ni en invierno, porque de lo contrario ya me hubiese muerto cien veces.

—¿Durante casi seis años ha estado mendigando por California?

—Sí.

—¿Y por qué ha vuelto de pronto al sitio en que estuvo a punto de morir?

El ciego abrió las manos.

—Ya les he dicho que encontré a un hombre. Él también venía a pie y se dirigía hacia aquí. Hicimos una jornada juntos, hasta que se adelantó. Al enterarse de que yo era uno de los sudistas que llegaron hasta California, mostró una gran simpatía por mí. Me dio dinero, vino y tabaco. Y me dijo que viniera a Beacon Station porque aquí es posible que tuviéramos algo que ganar los dos.

Pat se pasó una mano por la boca.

Se sentía triste, humillado, solo.

Odiaba ya con todas las fuerzas de su alma un oro que nunca había visto y seguramente nunca vería.

—Jackson —musitó—, adelante tres pasos y toque a un hombre que está en el suelo, ante usted. Dígame si es el mismo que encontró por el camino.

Jackson se adelantó.

Se inclinó hacia adelante y tocó el cadáver, mientras sus dedos temblaban ostensiblemente.

De pronto, palideció.

Sus facciones habían adquirido un intenso color ceniza.

—Dios santo… —dijo—. Dios santo…

—¿Es éste?

—Sí… Lo reconocería entre cien. Llegué a tocar sus ropas, su cara. Él me ayudó. Él fue el único amigo de verdad que he tenido en estos seis terribles años.

—Hubo un tiempo en que fue todo lo contrario —musitó Pat—. Hubo un tiempo en que fue su enemigo. El dirigió el tiro de la artillería cuando ustedes estaban acorralados en el valle de las Mil Voces. Supongo que mil veces se habrá arrepentido de aquella matanza. Supongo que estaría deseando con toda su alma ayudar a alguno de los hombres a los que él ayudó a exterminar. Burton era una buena persona. Espero que Dios le conceda el descanso eterno.

Jackson se había puesto en pie. Sus manos seguían temblando.

—¿Pero, qué le ha ocurrido? —musitó.

—Lo han asesinado.

—¿Por qué?

—Supongo que por la razón de que él quizá hubiera podido llegar hasta aquel oro —bisbiseó—. Y hay alguien a quién eso no le interesaba. Ahora ya no dudo de que el oro existe.

El alguacil les escuchaba con la mayor atención.

Parecía no haber entendido gran cosa de la primera parte del diálogo.

Pero en cambio, comprendió perfectamente lo de que el oro existía.

—¿Es posible?… —musitó—. Todo el mundo se ha largado ya de aquí. Nadie ha encontrado nada en cinco o seis años.

—Quizá Burton tampoco lo hubiera encontrado —dijo Pat—, pero él tenía más posibilidades que otros.

—Pero veamos —masculló el alguacil—, usted dice que alguien ha matado a Burton para que no pudiera encontrar el oro. Eso significa que el asesino tiene esperanzas de encontrarlo él.

—Cierto.

—¿Con qué medios? Supongo que se trata de una persona que

ha estado aquí durante los últimos años, ¿verdad?

—Imagino que sí.

—Entonces, si no lo ha encontrado en tanto tiempo, ¿por qué demonios va a encontrarlo ahora?

—No lo sé —murmuró Pat—. Confieso que no lo sé, y eso que he dado mil vueltas al asunto. Pero debe haber algún sistema, algo en lo que el asesino confía.

—Con estos pensamientos no aclararemos nada —murmuró el alguacil, mientras se rascaba detrás de la oreja.

El ciego había dado unos pasos por el recinto del patio, con las manos a la espalda.

Caminaba tan mecánicamente que hasta daba la sensación de estar midiendo distancias, pero pronto se dieron cuenta de que no era eso. Simplemente pensaba. Al fin se volvió bruscamente hacia los dos hombres, guiándose por sus voces.

—¿De qué oro hablan? —murmuró.

—Parece que en el valle de las Mil Voces lo había —dijo Pat—. Algunos sudistas lo descubrieron antes de morir, e incluso un soldado de comunicaciones dio la noticia por medio de un heliógrafo, aunque parece que el único que la captó fue Burton. Y Burton está muerto.

—Si en el valle hay oro, yo podría llegar hasta allí —dijo el ciego—. Supongo que Burton se refería a eso al hablarme de que teníamos algo que ganar los dos.

—Efectivamente.

—Yo les guiaré. Conozco la entrada palmo a palmo. Me oculté en tantos vericuetos que los recordaría perfectamente, valiéndome sólo del tacto. Llévenme hasta la entrada y el resto lo haré yo.

Pat movió la cabeza negativamente.

—La entrada ya no existe —dijo—. Los cañonazos la deshicieron de tal modo que donde antes hubo un desfiladero no hay ahora más que una masa de rocas. En ellas los buscadores de oro han abierto túneles, y uno de ellos llega a un pequeño espacio descubierto que antes perteneció al valle.

—Lo conozco —murmuró el alguacil—. Ha estado todo el mundo allí. ¡Vaya secreto que acaba de descubrir, amigo! Pero allí no se crían más que escorpiones y alguna que otra serpiente.

El ciego hizo un gesto de abatimiento.

—De todos modos, llévenme allí —dijo al cabo de unos instantes —. Es posible que encuentre algo.

—¿Y qué va a encontrar?

—No lo sé… Pero pasé en aquella zona unas horas que no olvidaré nunca. Tal vez pueda descubrir algo.

—No es una mala idea —dijo Pat—. En un caso así, todo hay que probarlo. Pero si salimos ahora, llegaremos allí en plena noche. Mejor es que salgamos mañana al amanecer.

—Tiene razón —opinó el alguacil—. Además, este hombre está reventado. No hay más que verle.

—Yo le llevaré al hotel, haré que se dé un baño y luego llamaré al barbero para que lo afeite. Además, le proporcionaré alimentos y ropa limpia. Por ahora es lo que más necesita.

Jackson emitió una risita cascada.

—¡Uf! ¡Un baño! ¡No lo he tomado desde bastante antes de que muriera el presidente Lincoln!

—Se nota —dijo Pat—. Y hasta tengo miedo de que, cuando se meta en la bañera, se me muera de la impresión.

—Por si acaso, alívieme con una botella de *whisky*. Con ella en los brazos, yo no tengo miedo a nada ni a nadie.

Pat lo tomó por un brazo y lo llevó al hotel, mientras el alguacil se ocupaba de hacer trasladar el cadáver de Burton. El hotelero lanzó un gruñido al ver a la pareja.

—¡Eh, amigo! —le gritó a Pat—. ¿Por qué me trae «eso» aquí? ¡Luego voy a tener que estar dos meses desempolvando la alfombra!

—Haga que preparen agua caliente en la bañera más grande que tenga. Y busque una botella de *whisky*, estropajo y jabón para este hombre.

Poco después, el ciego se desnudaba delante de una bañera rebosante de agua tibia. Sus viejas ropas fueron directamente a la chimenea, donde ardían unos cuantos leños. Jackson tocó el agua, lanzó un gritito, soltó un par de maldiciones y luego se atizó un trago de *whisky*.

Pat susurró:

—Cuando vuelva quiero verle hecho un niño de la primera comunión. Voy a comprarle ropa nueva.

Pero cuando Pat volvió, el ciego continuaba aún junto a la bañera, sin haberse mojado ni los pies, mientras que de la botella de

whisky ya sólo quedaban unas cuantas gotas.

—¡Pedazo de bestia! —gritó Pat—. ¡Está ya borracho y aún va tan sucio como antes!

—Hombre, no se ponga así. Lo del *whisky* lo he hecho sólo para irme animando…

—¡Pues a ver si se anima de una condenada vez, carcamal!

Dio un empujón al ciego y lo metió de cuatro patas dentro de la bañera. Jackson empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Quieren matarme! ¡Auxiliooo!…

El hotelero llegó al galope y golpeó furiosamente con los nudillos en la puerta.

—¿Qué es eso? ¿A quién quieren matar aquí?

Pat abrió la puerta y dejó ver al ciego que chapoteaba en el agua desesperadamente.

—¡Sálvenmeee!…

El hotelero se rascó una oreja.

—Ah sí, ya veo… —dijo—. Es la matanza del cerdo.

Y cerró de un golpetazo.

Pat consiguió al fin que Jackson se calmara y que empezara a enjabonarse el cuerpo. Para eso, claro, tuvo que traerle otra botella de *whisky*. Entre trago y trago, Jackson murmuró:

—¡Qué tiempos aquéllos! ¡No puede usted imaginarse lo que fue atravesar todo el país con los nordistas pisándonos los talones! Nosotros sabíamos que la guerra estaba perdida y nos propusimos formar una guerrilla. No recuerdo bien, pero nuestra fuga empezó en Alabama o algo así… ¡Y llegamos hasta California! A veces me parece increíble.

Emitió una risita cascada antes de añadir:

—Pero nunca pudieron vencernos, hasta la última y definitiva batalla. Llevábamos una bandera del Sur y la colocábamos en lugares que los del Norte creían inexpugnables. Hubo un momento en que éramos ya como una leyenda. Sabíamos que íbamos a la muerte, pero amigo… ¡qué borrachera de gloria! ¡Qué fiereza para no rendirnos jamás! Lo que le he dicho: a veces sueño que aún estoy con ellos, con mis viejos amigos. Oigo los toques de corneta, el ruido de los sables al salir de las fundas, las órdenes salvajes lanzando la caballería a la carga… Y ahora no soy más que un pingajo humano. Ahora soy… «esto».

Y señaló su cuerpo, en el que se marcaban los huesos como si fuera un esqueleto. Pat, que sabía comprender muy bien las emociones de un viejo soldado, estaba conmovido en cierto modo. Dio una palmada en la espalda de Jackson para animarle.

—Hala, amigo atícese otro trago de *whisky*. Y después de esto le invitaré a un banquete. No es que me sobre el dinero, pero algo me queda para que un viejo soldado recuerde los buenos tiempos.

Jackson siguió con entusiasmo el consejo y se atizó no un trago, sino cuatro.

—Recuerdo cosas curiosas… —dijo—. Detrás de nosotros venía un pillastre sensacional. Un tipo que, en cuanto nos descuidábamos, nos robaba los caballos y los vendía a buen precio. Ningún coronel nordista tenía la habilidad que tuvo él para dar con nuestro paradero y reírse de nosotros. ¡Ya podíamos vigilar, ya!… El tío se colaba no sabíamos cómo y se llevaba un par de caballos cada vez. Y en algunos sitios, créame que los caballos bien entrenados valían un buen puñado de dólares.

—Esos recuerdos no tienen importancia —dijo Pat—. Más vale que se olvide de toda aquella época.

—Cierto, cierto… Ya lo he intentado a veces, créame. Pero de aquel cuatrero no pude olvidarme. Siempre nos daba esquinazo. Y a su manera era noble. Como sabía dónde estábamos, pudo vender la información a los nordistas, pero nunca lo hizo. Sólo quería nuestros caballos. Imagino que habrá seguido siendo un cuatrero toda la vida. ¡Quién sabe dónde parará ahora!…

Se estaba poniendo nostálgico.

Y Pat no dio la menor importancia a aquellas palabras hasta que el viejo añadió:

—Por cierto… Aquel tipo es el único que puede saber dónde para el oro, si es que el oro existe. Seguro que estaba cerca de nosotros cuando el cañoneo empezó. Y seguro que logró escabullirse, porque a ése no había quien lo atrapara.

Las mandíbulas de Pat se contrajeron.

Con voz ronca, musitó:

—Diablos…

—¿Qué pasa?

—¿Ha dicho que ese hombre era un cuatrero?

—Sí. No servía para otra cosa.

—Diablos… —repitió.

—¡Pero diga qué le pasa de una vez! ¿Es que acaso lo conoce?

Pat no contestó, pero estaba recordando algunas cosas.

Cosas que le hacían estremecer.

Pensaba en el viejo Zacarías.

Zacarías había tratado de salvar a un hombre.

Un cuatrero.

Un cuatrero que llevaba un reloj parado.

El reloj que ahora estaba en su poder.

Y por el cual habían muerto varios hombres, sin que a primera vista se comprendiera por qué.

¡Dios santo!

¿Era posible que existiese alguna relación entre una cosa y otra?

Tal vez sí… Tal vez ¡él tenía en su bolsillo la clave sin saberlo!

Extrajo el reloj y lo miró atentamente.

Nada.

Ni una señal, ni un signo, ni un nombre. La cosa más vulgar que había tenido jamás en las manos. ¿Qué podía significar aquello? ¿Para qué servía? Ni para venderlo por un dólar.

Y sin embargo…

El ciego murmuró:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan callado?

—Por nada… ¿Recuerda algo más de aquel hombre?

—¿Ahora le interesa?

—Tal vez… Dígame cualquier cosa que recuerde de él. Cualquier detalle.

Jackson se encogió de hombros.

—Lo peor es que no recuerdo más que lo que acabo de decirle. Era un tipo raro. Pero… ¡en fin! Aquello ya pasó. Por cierto, me he bebido ya la segunda botella.

Pat le miró con incredulidad.

—Oiga, amigo —murmuró—. Usted es una esponja.

—Es que hace tres años que no probaba el *whisky*. Por lo menos uno como éste.

—Le traeré otra botella dentro de unos minutos.

Salió y atravesó el vestíbulo para dirigirse al pequeño mostrador de recepción, donde estaba el dueño del hotel.

Éste le miró.

—¿Qué? ¿Se ha ahogado ya su cochino amigo?

—Hum… Lo que lleva camino es de emborracharse. Necesito otra botella de *whisky*.

—Lo siento, ya no me quedan más. La gente que se iba de la población me compró casi todo lo que tenía. Pero en el saloon encontrará; aún les quedan reservas.

—Está bien. Voy allí.

Y Pat salió del hotel.

No se dio cuenta de la importancia que aquello podía tener.

CAPÍTULO VIII

Jackson empezaba a encontrar el gusto a aquello de enjabonarse y sentirse limpio. Se aplicó a la tarea con entusiasmo mientras canturreaba una vieja canción, del Sur y esperaba a que le trajeran el *whisky*. De pronto oyó que la puerta se abría y cerraba sigilosamente.

Volvió la cabeza.

—¿Qué, amigo? ¿Ya está aquí?

Nadie le respondió.

Jackson rió quedamente.

—No hace falta que me haga sudar tanto la botella, hombre. Démela de una vez.

Pero nadie le respondió tampoco.

Por el contrario, el silencio se hizo espeso.

Hostil.

Angustioso casi.

Jackson susurró:

—Amigo… Hable de una vez… ¿Qué le pasa? ¿Por qué se mueve por la habitación como un gato?

Jackson palideció mortalmente.

Lo había notado con claridad. Alguien estaba muy cerca. Una especie de respiración caliente le había llegado a la cara.

—Pe… ¡pero oiga! —bisbiseó.

Y de pronto le pareció notar un chirrido.

Un chirrido muy suave que al principio no supo identificar. Aunque luego le recordó algo. Le recordó una cosa quizá absurda.

Era como el que producían los muelles… ¡de una silla de ruedas!

Pero no estaba seguro de si aquello lo había oído más cerca o más lejos. Si llegaba desde más allá de la puerta o desde más acá.

Sólo le pareció que aquel crujido se repetía. Y que llenaba el aire.

De pronto el rostro de Jackson se volvió lívido.

Comprendió que algo siniestro iba a ocurrir. Y un miedo que no había sentido nunca, un miedo que no le había dominado ni cuando veía a sus enemigos cargar a sable, le dominó totalmente ahora. Trató de saltar de la bañera mientras gritaba:

—¡Quieren matarme! ¡Por favor, ayúdenme! ¡Auxilio! ¡Auxilioooo!…

El dueño del hotel, que estaba a poca distancia, y que se acababa de poner un cigarro en los labios, lo encendió tranquilamente.

—Ya está otra vez ese tío —murmuró para sí—. Ya le ha vuelto a coger miedo al agua.

Y dio una larga chupada, complacido, mientras más allá de las paredes se hacía el silencio.

Un silencio cargado de presagios.

Porque el viejo Jackson ya no podría gritar nunca más.

Antes de que saliese de la bañera, un largo cuchillo se había clavado en su costado. Se había clavado una, dos, tres veces.

Y el agua se fue tiñendo lentamente de sangre…

CAPÍTULO IX

Pat volvía con una botella del mejor *whisky* bajo el brazo. Imaginó que el viejo Jackson le recibiría con alborozo.

Pero él estaba preocupado.

¿Tenía alguna relación el reloj con el oro? ¿Llevaba él la clave sin saberlo? ¿Le había dicho Jackson la verdad o era una pura fantasía de un hombre medio loco?

Iba a entrar en el hotel cuando una voz le saludó:

—Eh, Pat.

Pat se volvió.

Paitan le saludaba desde su silla de ruedas. Su sonrisa era mitad amistosa, mitad cínica. Pero a Pat le pareció que estaba muy pálido.

—Hola, Paitan —dijo—. Es una sorpresa verle por aquí, y, además, sin la compañía de su sobrina.

—Alguna vez he de valerme solo. Cuando se trata de recorrer pequeñas distancias, no la necesito para nada.

—¿Dónde está ella?

—Ya veo que mi sobrina le interesa mucho, Pat.

El joven sonrió alegremente, como disculpándose.

—A ningún hombre le molesta ver un bombón como Lorena. Pero le aseguro que no tengo ninguna mala intención, Paitan.

—En eso confío, porque yo no podría defenderla. ¿Vuelve usted al hotel? ¿Va a beberse esa botella?

—No. La traigo para un amigo.

Paitan se acercó un poco más a él, imprimiendo un suave movimiento a las ruedas de su silla, cuyos muelles produjeron un chirrido.

—Usted me hizo unas acusaciones la última vez que nos vimos, Pat —murmuró—. He estado pensando en ello.

—No le dé importancia. Todo el mundo ha de ganarse la vida como puede, y yo no se lo reprocho. No quise ofenderle, Paitan.

—Es que quisiera que se convenciese de que yo no tengo ningún interés. Todo lo he hecho por mí sobrina. Ella es la única persona que me ha ayudado en el mundo, la única a la que quiero con toda el alma.

—Lo encuentro muy razonable, Paitan.

—Voy a marcharme de aquí yo también. No quiero que nadie piense que me aprovecho de la situación.

—Buena suerte, Paitan. Espero que nos volcamos a ver algún día.

—Yo estoy seguro.

Los dos hombres se estrecharon las manos, y el joven se alejó.

Mientras avanzaba hacia la habitación donde estaba instalado el baño, volvió a recordar al cuatrero ahorcado.

¿Era posible que fuese el mismo que seguía siempre a los sudistas para robarles los caballos? ¿El que estaba enterado de la existencia y situación del oro?

Si era el mismo, ¿cómo había tardado cinco años en volver?

Sólo había una explicación, y era que lo hubiesen detenido y lo hubieran enchironado durante todo ese tiempo. Cosa nada extraña, tratándose de un cuatrero. Porque en algunos Estados se les condenaba a la muerte inmediata, como en California, y en otros no se libraban de buenas penas de cárcel. Cinco o seis años era lo menos que podía haberle caído caso de ser atrapado en una de sus hazañas.

Luego habría vuelto a California, deseando convertirse en millonario. Durante todo aquel tiempo habría guardado celosamente su secreto, sin compartirlo con nadie. Pero había tenido la desgracia de volver a sus viejos hábitos de robar caballos y entonces…

Entonces llegaba la escena descrita por el viejo Zacarías.

Sí, ésa tenía que ser la explicación.

Pero entonces el reloj, ¿qué significaba? ¿Y qué significaba aquella extraña palabra, flat, es decir, «llanura», que fue la última que pronunció?

Pat abandonó todos aquellos sombríos pensamientos mientras hacía girar el pomo de la puerta del cuarto de baño.

—¡Eh, amigo! —gritó—. ¡Le traigo un *whisky*!

Abrió la puerta.

Y de pronto quedó petrificado en el umbral.

Sus facciones se tiñeron de una lividez cerúlea.

Y volvió a cerrar la puerta, mientras sentía como si se le formase un nudo en la garganta.

El dueño del hotel le vio avanzar hacia él como si fuera un sonámbulo.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Pat apenas pudo abrir la boca para preguntar:

—¿No ha… oído nada?

—No, nada. Bueno, sí… Ese fulano se ha puesto a gritar diciendo que querían matarle. Lo mismo de antes, vamos. No me diga que esta vez se ha ahogado de verdad.

—Sí, se ha ahogado en su propia sangre —dijo lúgubremente Pat —. ¿No ha visto entrar a nadie?

—No, porque el cuarto de baño está al fondo del pasillo, y yo desde aquí no veo la puerta. Claro que también hay otra que da directamente a la parte trasera del hotel. Pero dígame… ¿qué ha ocurrido?

Pat se pasó una mano por la frente.

—Véalo usted mismo —dijo—. Véalo y luego olvídelo si puede. Para ayudarle un poco, le dejo la botella de *whisky*.

Y Pat se largó.

Se largó hacia la oficina del alguacil, mientras sentía que todos los pasillos, todas las puertas, todas las calles, parecían dar vueltas en torno suyo.

Capítulo X

Zacarías partió en dos su infecto cigarro hecho de raíces, para que durara más, y se tendió en la cama mientras susurraba:

—No lo entiendo, muchacho. De verdad que no lo entiendo… Llevo horas dando vueltas a ese asunto y cada vez me vuelvo más loco.

Tendido en la cama, miró la ventana de la habitación. Por ella ya no entraba la claridad del día, sino que sólo servía para reflejar la oscuridad de la noche.

Pat bajó la cortinilla de cuero.

La habitación sólo quedó iluminada por la claridad de la lámpara que bajaba del techo.

—Según tu teoría, debe haber oro allí —continuó Zacarías, siguiendo con sus pensamientos—. ¿Pero dónde? Parece que los sudistas lo vieron, o sea, que las vetas tenían que estar a la luz del día. Eso ocurre algunas veces, y el que encuentra por chiripa un filón de ésos se convierte en millonario en dos horas. Pero, entonces, ¿dónde paran ahora las vetas? ¿Y los cadáveres? ¿Es posible que con tantas excavaciones no hayan encontrado ni rastro?

Pat se dejó caer sobre una de las dos sillas que había en la habitación.

—Es ya condenadamente tarde —dijo—. La luna está muy alta.

—Claro, tienes que seguir guiándote por la luna. ¡Como el reloj no te sirve de nada!

—Estoy cansado, Zacarías, terriblemente cansado. Hay momentos en que no me importaría morirme.

—Anímate, hombre… Tienes a Annabella en la ciudad. Por cierto, ¿dónde para?

—La he instalado en otro lugar, para que la gente no

murmurase. Mientras no estemos casados no quiero que viva conmigo.

—Yo, en tu lugar, le haría una visita. A ver si cuando estéis juntitos llega su hermano Oscar. ¡Je, je!…

—Pareces de muy buen humor, Zacarías.

—¿Y qué quieres que haga?

—Yo voy a dormir. Necesito descansar un poco, a ver si se disipan de una vez mis malditos pensamientos.

Zacarías saltó de la cama y se ajustó bien el cinto.

—Pues yo me voy a dar una vuelta. No podría cerrar los ojos sin haberme atizado un par de copas. Hasta luego, muchacho. Si vengo tarde no te preocupes. Procuraré no despertarte.

Al quedar solo, Pat se tendió, se desciñó el cinto canana, puso el revólver al alcance de su mano y cerró los ojos, tras apagar también la luz. Era verdad que necesitaba descansar. Había llegado un momento en que la cabeza le zumbaba terriblemente. Sus pensamientos eran una tortura.

Poco a poco el cansancio se impuso.

El sueño le fue venciendo.

Se durmió, pero su sueño no fue tranquilo.

Docenas de pensamientos le torturaban.

Le parecía estar viendo el cuchillo en el momento en que se introdujo en el cuerpo del ciego. Le parecía ver su sangre brotar. Tenía la sensación de que el cuchillo se acercaba a él.

De que flotaba en el aire.

No supo si era sueño o realidad.

No supo si seguía teniendo los ojos cerrados o ya los había abierto.

Pero el cuchillo flotaba.

Se acercaba.

¡Se acercaba a él!

Fue su instinto lo que le hizo moverse. En el primer momento ni se dio cuenta de que lo hacía. Sus músculos pasaron a la acción sin que su voluntad interviniera. Se ladeó, despegándose instantáneamente del sitio en que había estado tendido.

El cuchillo bajó.

Y se hundió hasta las cachas en la ropa y el colchón, atravesando el sitio en que Pat había estado hasta segundos antes.

Fue entonces cuando él se despertó del todo.

Al oír el «sssggg» de la hoja de acero al rasgar el aire. Al oír el «sssggg» de la muerte.

Vio la silueta negra que estaba al borde de la cama. La oscuridad no le permitió distinguir más. Trató de lanzarse hacia aquella silueta, pero sus movimientos no eran lo rápidos que hubieran sido caso de estar despierto. No pudo ni rozarla.

También influyó en ello el hecho de que la silueta era endiabladamente ágil.

En fracciones de segundo, cambió de posición, situándose en otro lado, junto a la cama. Pat, que se había lanzado en plancha, quedó en mala postura, exponiéndose a una segunda puñalada, pues su enemigo había desclavado la hoja de acero y volvía a disponer de ella.

Pero la misteriosa silueta no quiso probar suerte otra vez.

Pat la vio saltar hacia la puerta.

Buscó el revólver, dispuesto a detener a su enemigo de un balazo. En el momento en que volvía la cabeza para sujetar el «Colt», la puerta se abrió y cerró. Fue instantáneo. Pat no pudo ver nada, pese a lo cual disparó dos veces por si tenía la suerte de que las balas, atravesando la hoja de madera, dieran de lleno en el cuerpo de su enemigo.

Pero no tuvo esa suerte.

Porque momentos después mientras aún estaba encendiendo la lámpara, la puerta se abrió y entró el hotelero en calzoncillos y gorro de dormir, con las facciones desencajadas.

—¿Qué pasa? ¿Qué han sido esos disparos?

—Eso quisiera saber yo —mascculló Pat—. Han tratado de matarme.

—Oiga, amigo, usted está aliado con la muerte. No sé qué pasa, pero allí donde se mete usted aparece un difunto al cabo de unos minutos. Ya estoy harto de que me deshagan el hotel. De modo que, muerto o vivo, le agradeceré mucho que se largue.

Pat se pasó una mano por la frente.

—¿No ha visto a nadie?

—¿A quién he de ver? El pasillo estaba oscuro. Y no me venga ahora con preguntas. Aquí sólo hay una cosa importante: ¡lárguese!

Pat hizo un gesto de resignación.

—No se preocupe, amigo —dijo—. Mañana mismo me voy. Y tal vez no vuelva a verme…

CAPÍTULO XI

Zacarías y él dejaron los caballos en lo que había sido entrada del valle de las Mil Voces. El antiguo desfiladero era ahora una informe montaña de rocas proyectadas por los disparos de la artillería. Y en esa montaña de rocas se abrían los túneles, que habían tenido que ser afianzados con toda clase de vigas y traviesas porque el terreno no estaba bien asentado y se hundía. Aun así, aquellas galerías eran peligrosas como la boca del infierno.

Pero habían durado por encima de cinco años.

Pat esperaba que al menos duraran un día más.

Zacarías dio una palmada a los caballos para que se alejasen un poco en busca de hierba, cosa difícil porque aquella zona era casi totalmente yerma.

Luego miró a Pat.

—Me has traído hasta aquí, pero aún no me has dicho qué vas a hacer, muchacho.

—Una prueba.

—¿Qué clase de prueba?

Pat le miró con cierto retintín, como si creyera ver algo que estaba más allá de sus pensamientos.

—¿No lo adivinas, Zacarías?

—Con franqueza, no.

—Pronto verás de qué se trata.

—¿Por qué no eres un poco más explícito y me lo cuentas con detalle?

—Es necesario que lleguemos al otro lado del túnel. Vamos.

—De acuerdo. Tú mandas.

Los dos se metieron en la boca que habían usado un día atrás. Junto a la entrada había apiladas unas cuantas antorchas aún sin

usar. Encendieron dos de ellas y avanzaron.

Pat caminaba con los nervios en tensión.

Sabía que la muerte podía andar con él.

Hasta que al fin vio la leve claridad al final de la galería. Cuando salieron al exterior, el sol estaba casi en su cénit.

Zacarías miró en torno suyo, como si aquel paisaje le pareciera una alucinación, antes de murmurar:

—Bueno, muchacho, ¿y ahora qué?

—Enseguida lo verás, Zacarías —dijo Pat lentamente—. Para eso te he traído aquí.

Y con un movimiento centelleante, mientras rechinaban sus dientes, sacó el «Colt» de la funda.

CAPÍTULO XII

Pat no vaciló un segundo.

Sus facciones estaban crispadas.

Apuntó y apretó el gatillo, mientras contorsionaba el cuerpo como si fuera a saltar de costado.

Zacarías lanzó un grito.

Un grito agudo, cargado de sorpresa y de horror, como si sintiera la bala penetrar en su carne.

Pero la bala sólo le había rozado.

Fue disparada de abajo arriba.

La bala ascendió, lamiendo casi las paredes de roca, hasta rozar la cima que cerraba aquella especie de pozo. Allí el alarido se repitió, pero fue un alarido mucho más angustioso que el que acababa de lanzar el viejo Zacarías.

Un cuerpo rebotó entre las rocas, despeñándose desde la cima. El rifle saltó por los aires. El tirador, que había estado apuntándoles mientras entraban, dibujó una especie de tirabuzón en el espacio antes de estrellarse contra las rocas del suelo.

Pero Pat no se estuvo quieto.

Se había lanzado al suelo, panza al aire, como un gato que se dispone a defenderse.

Así veía perfectamente todas las altas paredes del foso. Y vio, por lo tanto, al segundo tirador, que asomaba también su cabeza por el borde.

Pat disparó otras dos veces. El de arriba lanzó un espantoso alarido, que pareció repetirse cien veces en las paredes de roca, y dio varias vueltas de campana antes de estrellarse en el mismo lugar en que se había estrellado su compañero.

Zacarías también había sacado el «Colt».

Y apuntaba en todas direcciones, atónito, mientras sentía que las gotas de sudor resbalaban por su frente.

Habían estado a punto de apiolarles, sin que se dieran cuenta.

Miraron a los dos caídos. Ya no se distinguía a nadie más en las cumbres, casi cortadas a pico, de lo que había sido el valle de las Mil Voces. Ahora el silencio volvía a ser sepulcral.

—Son pistoleros —dijo Pat, tras hacer girar los cadáveres con el pie—. Alguien los ha contratado.

Zacarías se secó el sudor de la frente.

—Mu… muchacho —dijo.

—¿Qué pasa?

—Por un momento había creído que… que…

—¿Qué habías creído, Zacarías?

—Que venías a por mí.

Pat lanzó una carcajada.

—Eres el único amigo, que tengo. El hombre que cuidó de mí cuando era casi un crío. ¿Cómo imaginas que podía haber disparado contra ti?

—Yo no imagino nada, muchacho. Sólo te hablo de lo que he visto. Y lo que he visto es que… Cu… cu… ¡cuerno! ¡Y estoy seguro de que por un momento me has apuntado a mí!

—Sólo te he tomado como punto de referencia. Acababa de ver que el primer pistolero estaba justamente encima de tu cabeza. Así no tenía más que alzar el revólver y apretar el gatillo. Y necesitaba fingir, además, hasta el último segundo que la cosa iba contigo, no con él.

Zacarías suspiró con alivio.

—No sabes el peso que me has quitado de encima. Por un momento he llegado a pensar que desconfiabas de mí y querías eliminarme. Pero resulta que los que querían eliminarnos eran esos dos tipos… ¿Quién crees que puede haberlos pagado?

—Con franqueza no lo sé.

—¿Ni lo imaginas siquiera?

—No tengo ni idea.

—Pues sí que estamos bien…

Reconozco que no hemos adelantado gran cosa —murmuró Pat —, pero tampoco estamos como al principio.

Zacarías miró en torno suyo.

¿Por qué hemos venido aquí? En este sitio ya hemos visto todo lo que teníamos que ver.

—No, no lo creas.

—¿Acaso hay algo más?

—Anoche pensé que sí.

—¿Anoche? ¿Cuándo?

Mientras tú estabas bebiendo por ahí, trataron de matarme. Y estoy seguro de que no lo hicieron sólo por querer quitarme de en medio.

—¿Pues, entonces, por qué?

—Para robarme el reloj.

—¿El reloj?… ¡Pero si no vale nada!

—Eso es lo que he pensado hasta ahora, Zacarías. Y hasta te diré que no sé por qué lo he conservado siquiera. Pero en este momento me doy cuenta de algo muy importante. Pienso que en el reloj está la clave del misterio que ha preocupado a tantas personas durante más de cinco años.

—No te entiendo…

Pat extrajo el reloj y lo hizo palmear en su mano, mientras lo miraba fijamente.

—Lo más curioso es que no hay ninguna señal, ningún nombre, ninguna indicación —dijo, pensativamente. La única importancia que tiene es que está parado.

—¡Pues vaya cosa!…

—Sí, muchacho: vaya cosa. Y su dueño le rompió, a propósito piezas esenciales para que no pudiera volver a andar.

—Bueno, ¿y qué?

Fíjate en que señala las diez y media. Aunque no exactamente las diez y media, sino tres minutos más.

—Sí, ya lo he visto.

El cuatrero a quién tú quisiste salvar de la horca te lo dio como prueba de gratitud. No podía hacer nada más por ti. Y sin duda te hubiera explicado algo de no haber dado sus verdugos la palmada al caballo con tanta prisa. Me dijiste que sólo había tenido tiempo de pronunciar una palabra.

—Sí. La palabra «llanura».

Pat se acarició la mandíbula.

—Bueno, aquí no hay ninguna llanura —dijo, mirando en torno

suyo.

—No, muchacho, no la hay.

—Pero fíjate en esa roca. La que ocupa el centro del pequeño espacio libre en que estamos. Llama poderosamente la atención. Y tiene una pequeña zona lisa. ¿Te das cuenta? Una pequeña zona donde uno puede poner los pies o sentarse.

Exacto. ¿Pero adonde quieres ir a parar?

—La verdad, aún no lo sé. Lo primero que haré será situarme exactamente en ese sitio.

Y se situó. Desde allí, estando en pie, sólo podía ver un lado del pequeño valle, ya que lo que tenía detrás se lo tapaban precisamente las aristas de la roca.

Zacarías le miraba con la mayor atención.

Pat extrajo de nuevo el reloj y lo puso delante de sus ojos, en la palma de la mano, como si fuera una brújula.

Una aguja, la de las horas, señalaba hacia el noroeste, según la posición del sol. La otra, la de los minutos, señalaba casi hacia el sur.

—Vas a ayudarme, Zacarías.

—Claro, hombre. Como quieras.

—Tú imagínate que el minutero es una flecha. Mira bien la dirección que indica y síguela sin desviarte ni un solo paso.

Zacarías hizo lo que le indicaban. Pat había vuelto la cabeza, aunque manteniendo el reloj en la misma posición, y le orientaba de vez en cuando con gestos de su mano izquierda. Así, Zacarías llegó a la pared que cerraba el valle por aquel lado. Era un muro de basalto, como tantos otros, y parecía como si allí terminase el mundo.

El viejo lo palpó.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Qué hago? ¿Empiezo a mordiscos con él?

—Tócalo.

—Ya lo hago, pero, la verdad, no le encuentro ninguna gracia. Preferiría tocar a una bailarina.

—¿No hay ninguna grieta en él?

—¡Qué cuerno va a haber!

—¿No hay ninguna señal?

—Tampoco. A menos que…

La voz de Zacarías se había cortado. Pat insistió:

—¿Qué?…

—Hay una pequeña señal grabada en la piedra. La debieron hacer con un cuchillo mucho tiempo atrás. Una señal que parece algo así como el dibujo de una pequeña flecha.

—¿Hacia dónde señala?

—Tal como estoy yo, frente a ella, señala hacia la derecha.

—O sea, aproximadamente hacia el mismo lado que señala la manecilla de las diez.

—Pues… pues sí.

—Eso indica que la aguja de las diez es la que tiene importancia, no la otra. La otra no hace más que confirmar. Ahora vuelve junto a mí, Zacarías.

Zacarías volvió.

Estaba tan excitado que le temblaban las manos ostensiblemente.

—¿Qué hago?

—Sigue exactamente la dirección que señala la aguja de las diez.

—Perfecto. Tú guíame si me desvío.

Y Zacarías siguió aquella dirección, hasta tropezar con otro muro enorme que le cortaba el paso. Pero aquel muro, a diferencia del otro, estaba lleno de maleza y de pequeñas rocas.

Zacarías se volvió desalentado.

—No hay nada, muchacho.

—Espera. Haz una señal justamente en el sitio donde estabas. Vamos a trabajar los dos.

Zacarías hizo una señal bien visible, y entonces Pat bajó de la roca. Entre ambos buscaron herramientas para excavar, cosa sencillísima de hallar en aquel laberinto minero, donde los buscadores de oro, desengañados, habían dejado sus palas, sus picos y hasta la pólvora para sus barrenos.

Una vez estuvieron equipados, iniciaron un arduo y duro trabajo. Se trataba de quitar toda la maleza y todas las acumulaciones de rocas sedimentadas durante años en el lugar que había señalado Zacarías. Pero conforme más avanzaban, más descubrían, con desaliento, que la pared era lisa como la piel de un tambor y que en ella no había la menor grieta, la menor fisura.

Los dos hombres se secaron el sudor.

Zacarías masculló:

—¿Sabes qué te digo, muchacho?

—Más vale que no lo digas.

—De todos modos, voy a soltarlo, porque si no, reviento. Maldita sea… Aquel cuatrero quiso gastarme una broma de mal gusto. Bien ahorcado está el tío. Se lo merecía.

—Yo ya no sé qué creer.

—En esa pared no hay nada. ¡Es como las otras!

—De todos modos, sigamos. Hay que dejarla limpia hasta su base.

Y continuaron trabajando durante dos horas, hasta que el sol empezó a declinar. El sudor empapaba ya sus ropas, pero no cejaban. Dejaron por fin limpia la base de la pared de basalto justo en el sitio que antes señaló Zacarías, y que era el que marcaba la aguja de las horas en el reloj parado.

Entonces la vieron.

Casi junto al suelo, había una grieta en la pared.

Una grieta por la que a gatas podía pasar un hombre.

Pat respiró hondamente.

—Necesitamos antorchas, Zacarías.

—¿Tú crees que…?

—Ya no sé lo que creo, pero vamos a llegar hasta el final. Entremos de una condenada vez.

Entraron, después de encender las antorchas. Una claridad misteriosa, mortecina, lívida, iluminó el interior. Era una claridad siniestra, que hacía recordar la que se produciría en un castillo de fantasmas.

Y lo que vieron era algo que estaba a tono con aquélla.

Algo que ninguno de los dos hombres podría olvidar jamás.

CAPÍTULO XIII

Pat balbució:

—Dios santo…

No sabía lo que le ocurría. A pesar de todo su temple, demostrado cien veces, las rodillas le temblaron un momento.

En cuanto a Zacarías, no se había atrevido ni a avanzar.

Estaba apoyado en la pared, y la antorcha que sostenía temblaba de tal manera que parecía como si de un momento a otro fuese a caerle encima de la cabeza.

—Es… imposible —balbució.

—No, Zacarías, sino todo lo contrario. Es totalmente lógico. Es la única explicación para algo que de otro modo no tenía sentido.

Y paseó sus ojos por la galería, dominando su primera sensación de consternación y de horror.

Toda una compañía de soldados sudistas estaba allí.

De soldados muertos, naturalmente.

Muchos cadáveres estaban sentados, y otros, tendidos en el suelo, pero algunos aún se mantenían de pie. Bastantes de ellos llevaban sus sombreros puestos, y los uniformes se mantenían casi perfectos, con sus charreteras, sus distintivos y sus correajes. Los cadáveres estaban casi intactos. De no ser por su color terroso y por su terrible rigidez, daba la sensación de que algunos de ellos iban a ponerse a andar de un momento a otro.

Zacarías balbució:

—No puedo entenderlo…

—El aire completamente seco que hay aquí dentro ha hecho que no se pudrieran. Están simplemente momificados.

Y todavía conservan hasta las armas, como un ejército en marcha.

—Pero…

Pat había cerrado un momento los ojos. Parecía reflexionar. Y diríase que, a pesar de haber llegado a la meta, no le hacía feliz aquel descubrimiento. Su expresión era triste, casi angustiada.

Te diré lo que pienso —murmuró—. Estoy seguro de que lo que sucedió es exactamente lo que voy a contarte. Cuando los fugitivos sudistas penetraron en lo que entonces era el valle de las Mil Voces, examinaron bien la situación como siempre lo hacían. Tantos combates a lo largo de todo el país, les habían dado una especie de sexto sentido. Nada les pasaba por alto.

—Comprendo.

—Naturalmente, dieron con esta gruta natural. La entrada era casi ridícula, pero como ves, el interior es espacioso.

Y ofrecía un refugio absolutamente seguro para el caso de que les atacaran con artillería, cosa que ellos empezaban ya a tener.

—Por supuesto —dijo Zacarías, quien había puesto un cigarro entre sus dientes.

No hacía mal olor allí, pues a lo largo de cinco años el aire debía haberse renovado a través de algunos intersticios de las rocas, y porque, además, la gruta debía ser enorme. Pero se sentía más aliviado aspirando el humo del tabaco.

Pat siguió:

—Supongo que los oficiales dieron órdenes para que el grueso de la tropa se refugiase aquí y pasara la noche. Entrar debió ser laborioso, porque supongo que lo hicieron de uno en uno, pero al fin todos estuvieron protegidos. Fuera no debió quedar más que un pequeño retén. Y entonces los hombres que estaban ahí dentro descubrieron las enormes vetas de oro.

—¿Dónde? Porque yo aún no las veo por ninguna parte…

Pat ignoró la observación.

Siguió hablando con voz tranquila y suave:

—El cuatrero que seguía siempre a los sudistas, el hombre a quién tú viste ahorcar, debía estar apostado muy cerca. Vio que entraban en la gruta, y seguramente esperó a que la mayoría de los soldados estuvieran dentro para salir él del valle y llevarse la totalidad de los caballos. Pero entonces debió oír el grito de «¡oro!». Eso le paralizó.

—¿Y a quién no, demonios?

—Un oficial debió ordenar al soldado encargado de las comunicaciones que transmitiera la noticia por heliógrafo. Supongo que iría destinada a algún otro pequeño grupo sudista que flanquearía la fuerza principal, y supongo también que la señal nunca fue recibida y ese pequeño grupo sudista acabó perdiéndose. Pero el que sí la recibió fue Burton, el hombre que al cabo de los años volvió a este lugar, cuando entendió el significado de la palabra en clave que había visto.

Zacarías tragaba el humo ansiosamente, como un sediento que traga agua. Y parecía desmenuzar las palabras de su amigo, de tanta atención con que las escuchaba.

—Pero entonces empezó el bombardeo —continuó Pat—. El pobre diablo del heliógrafo fue de los primeros en irse al Más Allá, llevándose con él su secreto. Los obuses debieron empezar a caer por docenas en el pequeño recinto del valle, mientras el cuatrero se ponía a salvo y otro hombre, el ciego Jackson, trataba de huir escondiéndose en los intersticios de las rocas. Los oficiales y los pocos soldados que quedaban fuera se introdujeron a toda prisa en la gruta, ya que no tenían otra posibilidad de salvarse. No pensaron que el cañoneo iba a ser tan fuerte. No imaginaron que la salida de la gruta quedaría cegada y que ellos quedarían enterrados en vida, hasta morir de desesperación, sed y hambre. Ni uno solo de ellos murió a causa de los disparos de la artillería. Todos murieron aquí, y por eso, a pesar de las mil excavaciones, jamás se encontró un cadáver.

Zacarías se quitó el cigarro de la boca y lo tiró, porque de repente le había parecido que era una falta de respeto fumar en presencia de tantos muertos.

—Debió ser espantoso… —musitó—, pero…

—¿Pero qué Zacarías?

—Nosotros hemos podido sacar desde fuera los obstáculos que tapaban la boca de la gruta. Igual debieron poder hacer ellos desde dentro.

—No, amigo. En primer lugar, no tenían herramientas. En segundo lugar, nosotros hemos podido apartar a los lados todas las rocas que estorbaban el paso porque teníamos espacio para movernos. Pero algunas de esas rocas ellos no pudieron empujarlas hacia fuera por la enorme cantidad de materiales que había detrás,

y tampoco pudieron retirarlas entrándolas hacia dentro porque no pasaban por la angosta boca de la gruta. Hay otro motivo: a lo largo de los años, gran parte del material que tapaba esa pared habrá sido retirado por los buscadores de oro. Nosotros sólo hemos encontrado una mínima parte, pero ellos debieron estar cegados por toneladas y toneladas de roca. Imagino que los dos o tres primeros días debieron ser de un trabajo angustioso. Luego perdieron toda esperanza…

Zacarías se pasó una mano por la cara. Sudaba copiosamente, pero no de calor, sino de angustia.

—Por nada del mundo hubiera querido estar aquí… —dijo—. Por nada del mundo…

—Murieron al lado de una auténtica fortuna. Porque estoy seguro de que el oro se encuentra aquí, amigo. Entremos un poco más.

Los dos avanzaron como si pasaran revista a todos aquellos muertos puestos en formación.

Era el ejército más macabro que habían visto jamás.

De pronto, los dos hombres parpadearon.

Era como si les hubiese cegado un rayo de luz.

Estaban deslumbrados.

La luz de las antorchas hacía brillar las vetas de oro purísimo cruzadas en las rocas. Eran unas vetas enormes, más gruesas que el brazo de un hombre. Docenas y docenas de kilos de oro que estaban allí, esperando al primero que se molestase en arrancarlos de su lecho eterno. Casi con las manos podían sacarse. Eran la fortuna más fabulosa que ninguno de los dos hombres había visto jamás.

Una fortuna que nunca soñaron ver.

Que les hacía parpadear.

Y que obligaba a temblar a sus piernas.

Zacarías balbució:

—Entonces Paitan no había engañado a nadie…

—No. Paitan conocía esto, aunque supongo, que no llegó a verlo con tanta claridad como nosotros. Pero cuando quiso volver para explorarlo, ya no pudo. El valle de las Mil Voces no existía. No se podía ni siquiera entrar en él. Sólo quedaba el pequeñísimo espacio donde tú y yo hemos estado antes, pero tampoco había modo de alcanzarlo. Tuvieron que pasar años para que algunos atrevidos se

descolgaran con cuerdas por esas paredes de basalto, y para que otros abrieran galerías por debajo de las montañas de roca. Pero al llegar ahí, tampoco encontraron nada. Y la gente pensó que Paitan era un visionario, cuando en realidad no era eso ni tampoco un embustero.

—¿Y el cuatrero? ¿Qué pasó con el dueño del reloj? Porque, según tú, se puso a salvo cuando los primeros obuses cayeron…

—En efecto, se puso a salvo. Y no resultaba arriesgado suponer que durante dos o tres días no se atrevería a acercarse por aquí, hasta que los nordistas se fueron. Cuando volvió, todo era distinto. El mundo parecía haber cambiado de lugar. Pero él debió descolgarse con una cuerda por esas paredes verticales hasta llegar al fondo de lo que quedaba del valle. Y aunque la entrada de la gruta ya no era visible, él se acordaba perfectamente de la situación por haber estado muy cerca cuando los sudistas entraron. No quiso poner ninguna señal en las rocas, junto a la entrada, porque las rocas podían ser removidas y porque no le interesaba tampoco dejar pistas. Tomó como punto de referencia el único lugar liso que quedaba en aquel infierno y esperó a que la aguja corta de su reloj marcara exactamente el punto. Cuando volviera, tendría una guía segura y sólo para él.

—¡Diablos! Voy entendiendo.

—Imagino que a continuación salió en busca de herramientas. Y quién sabe si pensó también prestar auxilio a los hombres encerrados allí dentro, como compensación por haberles robado tantos caballos. Pero entonces debieron detenerlo y se lo llevaron. ¡Buena suerte había tenido el tío!…

—Sí, cuerno —dijo Zacarías—. Es como para volverte loco.

—De todos modos, él debió pensar que, por muchos años que lo tuvieran preso, ya volvería. Nadie iba a descubrir aquello. Y no confesó su secreto porque quería el oro para él, aunque ello pudiera costar la vida a los sudistas encerrados. De todos modos, lo más fácil era en que para entonces todos estuvieran muertos.

Zacarías hizo crujir sus nudillos.

—Estoy pensando en la mala suerte que tuvo ese pobre diablo. Cuando por fin consiguió regresar, tras cinco años de cárcel, robó un caballo y lo ahorcaron. Y me dio el reloj a mí. La única persona que había tratado de ayudarle…

—Ése es nuestro premio, Zacarías. Mejor dicho, tu premio.

—Nada de eso. Los dos somos socios, muchacho. Lo que es de uno es del otro. Registraremos este terreno a nombre de los dos y lo explotaremos conjuntamente.

—Con una condición, amigo.

—¿Cuál?

—Muchos hombres han perdido aquí a sus hijos, sus mujeres y lo mejor de sus vidas. Algunos serían unos desalmados y unos aventureros, pero otros serían hombres honestos que buscarían sencillamente una vida mejor. Ellos abandonaron en el último momento, pero tienen derecho a algo. Podemos averiguar sus nombres por el Registro Minero. Cada galería está a nombre de alguien. Creo que ellos deben tener una compensación por lo mucho que sufrieron. Y, además, aquí hay para todos. Ni nosotros gastaremos lo que nos pertenece ni nuestros hijos lo gastarán tampoco.

El viejo Zacarías emitió una risita cascada:

—Je, je… Mis hijos. ¡Pues sí que estás tú de broma!…

Pat le dio una palmada en la espalda.

—Ahora más valdrá que salgamos de aquí —murmuró—. Hemos de darnos prisa en registrar esta zona. Ah… Y en buscar gente bien pagada para sacar todos estos muertos…

Poco imaginaba Pat que estaba decidido que ellos se convirtieran en dos muertos más y se quedaran allí para siempre.

Que alguien había abierto ya su fosa.

No, no lo imaginaban mientras avanzaban por la galería natural, abierta en la roca viva, hacia la salida de la gruta. Sólo Pat lo comprendió en el último momento, casi en el último segundo, cuando quizá ya era demasiado tarde.

Con voz ronca, gritó:

—¡Vamos, muchacho, corramos! ¡Fuera! ¡Fueraaa!

CAPÍTULO XIV

Zacarías no comprendió lo que su amigo había visto hasta bastante después. En el primer instante no se dio cuenta de nada, no entendió nada. Sólo recibió un tremendo empujón para que fuese más aprisa hacia la salida, y entonces él echó a correr detrás de Pat.

Más que correr, volaron.

Habían abandonado ya los hachones para moverse más aprisa, y sus cuerpos cortaban la oscuridad, sin tener otro punto de referencia que la mancha de luz de la salida de la gruta.

Cuando faltaban unas cinco yardas, Pat dio un fantástico salto para salir antes. Zacarías le imitó. No tenía tanta agilidad, pero el miedo dio una fuerza insospechada a sus músculos.

Los dos salieron disparados por la boca de la gruta.

Y entonces, el mundo… ¡pareció hundirse!

¡Una terrible explosión sacudió hasta los cimientos de las rocas!

¡Toneladas y toneladas de piedra se abatieron sobre sus cabezas!

Pat había sujetado la mano de su amigo en el último momento.

Sin él, Zacarías hubiese muerto. Habría quedado aplastado, desconocido. Habría sido materialmente pulverizado. Pero Pat tiró de él y le hizo dar una vuelta de campana, mientras él también giraba, para sacarle del camino que seguían las rocas en su caída.

Los dos quedaron instantáneamente cubiertos de polvo.

Pequeños fragmentos de roca cayeron sobre sus cabezas. Pat sintió que la sangre saltaba hacia sus ojos. Algunos de aquellos fragmentos le habían producido serias heridas, pero no llegó a perder el conocimiento. En cambio, Zacarías sí que lo perdió. Lanzó un gemido mientras su rostro se teñía de sangre.

Pat tiró de él.

Resoplaba como un caballo herido.

Temía que aún se produjera otra explosión, y, en efecto, se produjo medio minuto más tarde. El polvo infernal que sé había acumulado en el fondo del pozo impedía ver nada a dos pasos. La segunda explosión también pareció conmover la tierra hasta sus cimientos, pero fue mucho menos eficaz que la primera. Sólo un par de rocas cayeron con estrépito y rodaron hasta posarse en el fondo del valle, donde parecía imposible que alguien hubiese podido quedar con vida.

Pero Pat había podido encontrar el cobijo de una grieta, quedándose allí con su amigo.

Las rocas se partieron en pedazos, a causa de la caída, apenas a media yarda de sus cuerpos. Algunas esquirlas chocaron violentamente contra ellos, como si fueran metralla.

Luego se hizo un terrible silencio.

El polvo lo llenaba todo.

Pero poco a poco, el polvo se fue posando.

Pat volvió a distinguir el fondo del pequeño valle, cuyo aspecto había cambiado por completo otra vez. Ya no había ninguna superficie lisa. Las rocas se amontonaban en el fondo, aplastando todos los lugares donde hubiera podido meterse un ser humano.

Ellos dos, en la grieta, apenas tenían unos centímetros para moverse.

Pat comprendió que no podría salir de allí con su amigo a cuestas. Esperó a que se rehiciese. Mientras tanto, no se movió, para procurar no ser visto por alguien que estuviese vigilando desde las alturas.

Poco a poco, Zacarías fue recuperándose.

Pat le restañó la sangre, hasta convencerse de que no tenía ninguna herida grave. Él también tenía lesiones en la cabeza, pero no había que preocuparse demasiado. La sangre, lentamente, fue dejando de manar.

Zacarías, al abrir los ojos, miró en torno suyo como si acabara de nacer.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró—. ¿Dónde estamos?

—Seguimos en el valle, amigo. Lo que no sé es cómo tenemos aún la piel entera.

—Tú estás cubierto de sangre.

—¡Pues menos mal que no te ves tú!… Pero es lo menos que

podía ocurrimos. Nos han alcanzado algunas esquirlas de piedra y tenemos heridas en la cabeza. De todos modos, nada grave.

—Aún no puedo comprender… qué ha sucedido.

—Muy sencillo. Ya has visto que aquí hay por todas partes cartuchos de pólvora y fulminantes de los que los mineros usaban para barrenar. Alguien ha recogido una buena cantidad de ellos y ha puesto una carga detrás de las rocas que había encima de la entrada de la gruta. No ha necesitado ni siquiera hacer agujeros en la roca para colocar la carga. Todo le ha resultado muy sencillo. Bastaba con que aquellos peñascos se desplazaran un poco para que cayesen encima de la entrada de la gruta. A nosotros dos nos hubiera ocurrido lo que les sucedió a los soldados sudistas. Habríamos quedado allí, aprisionados para siempre…

Zacarías sintió que sus facciones se inundaban de un sudor helado.

Balbució:

—¿Y cómo diablos te… te has dado cuenta?

—Cuando uno ha vivido durante años en este ambiente, llega a adivinar las cosas, amigo.

—¿Pero, qué has visto mientras aún estábamos en la gruta?

—Un poco de humo. Y he notado también el olor característico de las mechas cuando se queman.

Zacarías se pasó la mano por la frente.

—¿Quién crees que puede haber sido?

—Alguien que nos ha estado siguiendo.

—¿Quién?

Pat cerró un momento los ojos.

—No lo sé. Daría cualquier cosa por saberlo, pero no lo sé aún. Y sin embargo…

—¿Qué?

Pat meneó pesadamente la cabeza de un lado para otro.

—Nada, no puedo creerlo.

—Debes estar pensando en algún hombre…

—Olvídalo.

—Entonces, al menos salgamos de aquí.

—No tanta prisa. Temo que alguien esté observando desde arriba si hay aquí algún signo de vida.

—Razón de más. Saquemos la cabeza y veremos a esa persona si

es que existe.

—Al contrario. Razón de menos. Tal como estamos ahora, no podemos movernos demasiado, y con un rifle sería fácil abatirnos. Hay que esperar a que se largue. Si cree que estamos muertos, se confiará. Entonces habrá llegado el momento de caer sobre ese buitre, sea quien sea.

Aguardaron durante casi una hora más. El sol se iba poniendo lentamente, y el fondo del pozo en que ambos se encontraban —más siniestro que nunca— se llenaba de sombras. Al fin, Pat se decidió.

—Vamos.

Salieron poco a poco, mirando hacia arriba.

Poco a poco empezaron a trepar.

Pasaron por entre el laberinto de peñascos derrumbados hasta llegar a la galería que les permitiría salir del valle.

En un momento de descanso, Zacarías, que resoplaba como un condenado, murmuró:

—Pero, bueno… ¿a quién vamos a perseguir? ¿No tienes ni idea, muchacho?

—Ni idea. Sólo me inquieta algo que cierta noche oí.

—¿Qué fue?

—El crujido de los muelles de una silla de ruedas…

CAPÍTULO XV

Los muelles crujieron de nuevo. Paitan hizo girar las ruedas y se encaró hacia la puerta de la habitación en que se encontraba.

Excepcionalmente, esta vez no se trataba de una habitación de la planta baja. Paitan sabía por qué. No lo había explicado a nadie, pero él sabía por qué.

Una expresión grave, casi ansiosa, hacía que sus facciones estuvieran contraídas.

Si Pat o Zacarías le hubiesen visto en este momento, habrían adivinado muchas cosas.

Bastaba con mirar su cara. Su cara era como un espejo en el que se reflejaban los sentimientos que corroían el alma de aquel hombre.

Oyó unos pasos en la escalera.

Todos sus músculos se tensaron.

Sólo había un quinqué encendido en la habitación, y la penumbra le rodeaba.

La noche había caído y la luna empezaba ya a estar alta.

Las pisadas se acercaron.

Percibía claramente el taconeo.

Eran unas pisadas de mujer.

La puerta se abrió.

Paitan entornó los párpados al ver recortarse en el umbral la figura de Lorena, su sobrina.

Lorena venía vestida de hombre.

Y llevaba las ropas cubiertas de polvo.

Entró en la habitación y cerró a su espalda.

Sus facciones resultaban indescifrables.

Ya no era la muchacha toda hermosura, toda inocencia, toda

sacrificio y candor.

Sus facciones se habían hecho duras, ásperas. Parecían haberse afilado repentinamente.

Con voz espesa, preguntó:

—¿Qué haces aquí, espiando?

Paitan susurró:

—Te esperaba.

—¿No ha ocurrido nada?

—Nada.

—Pues ya estoy aquí. Ya puedes poner otra cara. Todo ha salido como esperábamos.

—Dirás más bien como «tú» esperabas, Lorena.

Lorena le miró agresivamente.

—Muy bien, como «yo» esperaba. ¿Y qué? Alguien tiene que pensar por los dos, ¿no? ¿O qué esperas? ¿Ser siempre un miserable, a pesar de tener los millones al alcance de la mano?

Paitan movió la cabeza pesarosamente.

Caminó hacia la ventana y vio la altura a que se encontraba. Estaba en un segundo piso. Desde mucho tiempo atrás, acostumbrado a ir en su silla de ruedas, Paitan no subía a ninguna altura. Tanto, que ahora casi sentía vértigo.

Lorena se acercó a él.

—¿Qué miras?

—La altura a que estamos.

—No es demasiada. Es la altura que le gustaría a una persona normal. ¿Pero a ti qué te pasa? ¿Te asustas?

—No estoy acostumbrado.

—¡Bah!

—¿Por qué me has hecho instalar aquí, Lorena? ¿Por qué has hecho que entre tres hombres me subieran con silla de ruedas y todo? ¿Y por qué me has hecho decir encima que era idea mía?

—Para tenerte bien seguro aquí. Desde esta habitación no puedes moverte ni ir a ninguna parte. Así sabía que no me estorbarías.

—Ojalá hubiera podido impedir lo que has hecho, Lorena.

—He matado a Pat y a Zacarías, esos dos entrometidos. ¿Y qué?

—¿Has… acabado con ellos?

—¡Sí! Han quedado materialmente enterrados vivos. Y además

sé dónde está el oro. Por fin he podido averiguarlo, cosa que jamás hubieras conseguido tú.

Paitan extrajo lentamente una navaja y se puso a arreglarse con cuidado las uñas. No quería ni mirarla. Oyó el taconeo de Lorena mientras iba de un lado a otro de la habitación, nerviosa, excitada, agresiva.

La muchacha añadió, con voz áspera:

—El oro… Tú sabías que estaba aquí, pero no hubieras dado nunca con su paradero. Y en realidad era bien sencillo: una gruta natural donde, además de las vetas de oro, están las momias de todos aquellos sudistas…

—Yo ya sabía que era una gruta, pero luego fui incapaz de encontrarla —musitó Paitan.

—Claro… Era muy difícil conseguirlo sin la ayuda de aquel reloj. Por eso intenté la otra noche matar a Pat y robárselo.

—Tú has matado ya a demasiada gente, Lorena. Intentaste acabar con Pat mientras yo, fuera de la habitación, había intentado hasta el último segundo convencerte para que no lo hicieras. Asesinaste a aquel pobre ciego, uno de los crímenes más miserables que se han cometido desde hace años en California. Y también mataste a Burton. Fingiste ir a besarle y el pobre tipo perdió el mundo de vista. Cuando lo tenías frente a ti, sus labios casi rozando tus labios, moviste la mano derecha y le clavaste el puñal en la espalda…

Hizo un gesto de asco. Sus propios recuerdos parecían atormentarle.

La navaja con la que se arreglaba las uñas se movió. Y se hizo un corte en un dedo, tan nervioso estaba.

Lorena rió secamente.

Miraba a Paitan como a un trasto inútil, como a un pobre guiñapo con el que no se sabe qué hacer.

—Y si tanto asco te daba lo que yo hacía —preguntó—, ¿por qué no me denunciaste? Tenías al alguacil bien cerca. O si no querías acudir a la Ley, ¿por qué no hablaste con el mismo Pat?

Paitan la miró con los ojos turbios, con unos ojos cegados de un indescifrable y secreto dolor.

—Porque tú eres mi único familiar y la única persona a la que he querido, Lorena. Siempre he confiado en que cambiarías. ¿Crees

que a mí no me interesaba el oro? ¿Crees que yo no deseaba encontrarlo? Pero por medios lícitos, sin perjudicar a nadie.

—¡Así no se encuentra nunca nada! ¡Sólo los débiles y los idiotas hablan como tú!

Como si no la hubiera oído, él continuó:

—Repito que siempre pensé que cambiarías, Lorena. Incluso, para calmar tus ansias de dinero, ideé el negocio de los suministros a toda esta zona. Pedí dinero prestado, instalé almacenes y redes de comunicación. Y todo a tu nombre. ¿Qué dinero me he quedado yo? Sólo lo más indispensable para vestir y comer. En cambio, a ti te he ingresado casi ochocientos mil dólares. ¿Para qué quieres más? Después de lo que te he dado, ¿tenías necesidad de llegar al crimen?

Ella hizo un gesto de hastío. Abrió la puerta que daba a las escaleras exteriores, a un lado del edificio. Un soplo de aire caliente, el soplo de la noche de California, le dio en plena cara.

—¡Calla! —mascculló—. Me das una mezcla de pena y de asco.

El siguió arreglando sus uñas, sin hacer caso de las gotas de sangre que resbalaban por uno de sus dedos. Y siguió también sin mirarla.

—Ahora tienes el oro —musitó—. ¿Qué vas a hacer? ¿Registrarlo todo a tu nombre?

—Sí.

—¿Y qué ocurrirá cuando aparezcan los cadáveres de aquellos dos hombres?

—¿Cadáveres? Je, je… ¡Hay tantos allí! Además, la gente no se extrañará de que se haya producido un derrumbamiento. Lo único que hace falta es tener un poco de serenidad y contestar con firmeza a las cuatro preguntas rutinarias que hará el alguacil. Una firmeza que quizá tú no tengas… ni vas a necesitar.

El alzó la cabeza por primera vez. La miró como si no hubiese oído bien.

—¿Qué tratas de decir, Lorena?

La risita cascada, áspera, llegó a sus oídos como un sonido desconocido y extraño.

—Estás cambiada, Lorena… —susurró—. A veces tengo la sensación de que no te conozco. Eres mi sobrina y hay momentos en que… ¡en que te siento tan lejos! ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué?

La risita se reprodujo. Lorena anduvo unos pasos. Paitan oyó la voz a su espalda, otra vez como un sonido extraño:

—¿Crees que ahora que lo tengo todo voy a seguir cargando con un fardo como tú? ¿Piensas que estaré pendiente de tus vacilaciones y de tus errores? No, amigo, no. Ha llegado el momento de las grandes decisiones. Ha llegado el momento de que aparte trastos inútiles del camino de mí vida. Lo siento… En el fondo lo lamento. Me hubiera gustado que fuera de otro modo. Tal vez así hubiéramos podido llegar a un acuerdo.

Y empujó la silla de ruedas hacia la puerta. Él no se movió. Sabía que era inútil. Su rostro estaba crispado, pero quieto. Sus manos se habían asido fuertemente a los brazos de la silla.

—Lorena… —bisbiseó—. No lo hagas. Siempre te he ayudado. Siempre te he querido como un padre. Siempre he…

Ella apretó los labios.

Con una risa sardónica masculló:

—¡Abajo!

Paitan se dio cuenta de que aquel crimen estaba planeado desde el primer momento, desde que ella le hizo trasladar a aquella habitación y le obligó además a decir que era idea suya. Así podría decir luego que fue un estúpido accidente. Y la creerían.

Pero Paitan no se quejó.

Había temido aquello desde el primer momento, desde que empezó aquella alucinante carrera de crímenes.

Como muchos edificios de la pequeña ciudad, aquél tenía una escalera lateral. La puerta daba directamente sobre ella. Todo el universo pareció dar una vuelta alucinante a ojos de Paitan cuando Lorena empujó la silla y ésta se bamboleó. Las ruedas resbalaron sobre el primer peldaño. Dio una vuelta de campana. Se oyó apenas un leve grito.

Paitan estaba abajo, con el cuello roto. Aún tenía aferrada a la mano la navaja con la que poco antes se arregló las uñas. Una de las llantas de las ruedas se había desprendido, quedando en uno de los peldaños. Lorena se volvió bruscamente al oír aquel crujido a su espalda.

La puerta de la habitación se había abierto bruscamente. Dos hombres acababan de entrar como rayos, intentando alcanzar la otra puerta, la exterior, antes de que fuera demasiado tarde. Lorena,

que llevaba un revólver al cinto, sobre sus ropas masculinas, lo sacó con un gesto de rabia.

Rechinaron sus dientes.

Pat y Zacarías se habían detenido un momento, no esperando aquel rápido gesto. En realidad, habían tratado tan sólo de salvar a Paitan, en un movimiento tan generoso como inútil. Y ahora se vieron encañonados por el «Colt» de Lorena, en cuyos ojos brillaba la llamita roja del odio.

Pat bisbiseó:

—Más vale que lo pienses con un poco de serenidad, con un poco de sensatez. Si disparas contra nosotros, no podrás huir. Estarás perdida.

Ella rió secamente.

No se veía a nadie en la calle.

Los ojos de Lorena brillaban demoníacos, desafiantes y, sin embargo, inteligentes.

—¿Qué habéis dicho? —musitó—. ¿Qué alguien va a sospechar de mí? Al contrario, sospecharán de vosotros. Bastante gente sabe que discutisteis con Paitan. Yo, después de mataros, diré que lo lanzasteis por la escalera y que no hice más que vengarlo. Habéis sido muy listos hasta ahora, pero todo termina, amigos… Os deseo una feliz estancia en el Más Allá. Adiós…

Mientras hablaba, iba bajando peldaño a peldaño. Les, apuntaba directamente a la cabeza. Pat, que sabía iba a recibir el balazo en primer lugar, ni siquiera pestañeaba.

Lorena fue a cerrar el dedo sobre el gatillo.

Y en aquel momento sus pies se posaron en la llanta desprendida sobre uno de los peldaños. La llanta resbaló, mientras los pies de Lorena resbalaban también. Lanzó un grito de rabia y disparó, pero al aire, mientras caía hacia atrás. Pat también lanzó un grito, intentando inútilmente detenerla…

La muchacha rodó dos veces sobre los peldaños, cayendo sobre el cadáver de Paitan. Dio la sensación de que no se había hecho nada. Incluso aún tenía el revólver en la mano. Pat descendió a saltos, inclinándose sobre la muchacha. Zacarías también bajó a saltos tras él.

—¿Qué? —preguntó el viejo minero.

—No lo entiendo… Es… está muerta…

Y la levantó un poco.

Tenía clavada una navaja en la espalda a la altura del corazón.

La navaja del muerto…

Pat se levantó. Con los ojos cerrados pudo decir solamente:

—Dios santo…

Zacarías se apoyó en la baranda.

—Muchacho, todo ha terminado… —balbució—. Ahora debemos ir a ver al alguacil, luego al Registro Minero y por fin tú debes ir a ver a Annabella, que ya se habrá hartado de esperarte… Pero… Pero…

—¿Pero, qué?…

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Zacarías? ¡Habla de una maldita vez!

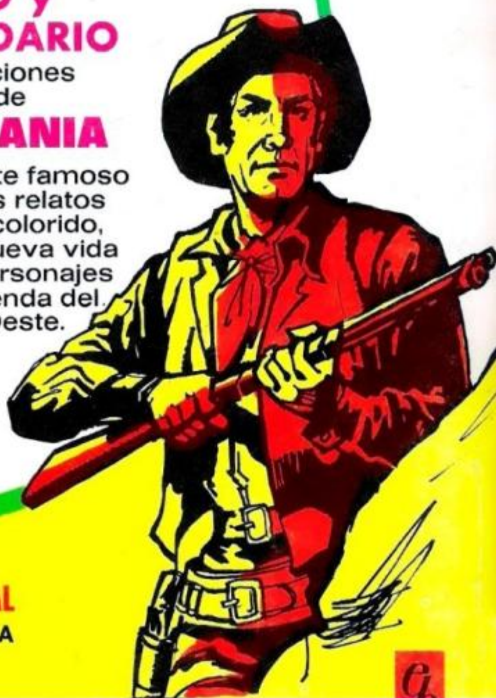
Zacarías había sacado algo del bolsillo. Era el reloj.

Pat barbotó:

—¿Pero qué pasa?

—Casi nada, muchacho. Ahora resulta que el reloj anda…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.